

11(789a-1)
FRANCISCO RIVAS VICUÑA

LAS GUERRAS DE BOLIVAR

Historia de la Emancipación Americana

TOMO V

LA GRAN COLOMBIA

1821 — 1823

Edición auspiciada por el Gobierno de Venezuela
que preside el Señor General E. López Contreras

SANTIAGO DE CHILE — EDITORIAL "EL ESFUERZO" — 1940.

**BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA**

LAS GUERRAS DE BOLIVAR

7483

FRANCISCO RIVAS VICUÑA

LAS GUERRAS DE BOLIVAR

HISTORIA DE LA EMANCIPACION AMERICANA

TOMO V

LA GRAN COLOMBIA

1821 — 1823

Edición auspiciada por el Gobierno de Venezuela
que preside el Señor General E. López Contreras

SANTIAGO DE CHILE — EDITORIAL "EL ESFUERZO" — 1940.



DEDICATORIA

Señor Doctor

Don VICENTE LECUNA.

Presente.

Muy distinguido amigo:

Casi veinte años han pasado desde el día, en mis recuerdos inolvidables, de nuestra primera entrevista en Caracas. La conversación se orientó hacia el Hombre máximo de América y Vd. tuvo la bondad de estimularme al estudio de la vida de Simón Bolívar.

Me ha proporcionado Vd. con esto las verdaderas satisfacciones de la contemplación del espíritu del Libertador, hallando en sus pensamientos la solución de múltiples problemas humanos y una eficaz armonía entre ellos y su metódica acción para estructurar la vida de los pueblos que formó.

Admirables son sus unidades de concepto y de obra y brillan especialmente en esta guerra de la integración colombiana, en sus dolores de Popayán a Bomboná; en su resolución de toda una vida sintetizada en la orden del día de Cariaco: DEBEMOS VENCER Y VENCEREMOS. No era el laurel de un combate lo que buscaba; su victoria tenía mayores alcances, eran los de la libertad, del orden democrático y de la Unión Continental.

Formó el alma de un pueblo en las guerras venezolanas; lo elevó a la mayor dignidad de libertar a Nueva Granada; el fuego de sus victorias hace la fraternidad de los hombres desde el Orinoco al Magdalena, cubriéndolos de gloria en Carabobo. No cesa en su empeño de unión y rompe las últimas cadenas en las fraguas de Bomboná y Pichincha que se recuerdan en esta historia.

En el orden militar esta guerra de la Independencia del Ecuador es la realización de un maravilloso plan de batalla estratégica en cuyas líneas extremas Bolívar impuso, en la zona del Norte, la capitulación del Ejército realista en el mismo día en que su Lugarteniente, el General Sucre, rendía al enemigo en las faldas del Pichincha. Los dos soldados de Venezuela aseguraban la libertad de América.

¡Cuánta fructífera lección guerrera, social, internacional, económica y de ciencia del corazón humano en estas grandes horas de Bomboná, hasta el reconocimiento espontáneo de sus superioridades en Guayaquil!

Quiera, mi siempre recordado amigo, aceptar la dedicatoria de esta parte de mis GUERRAS DE BOLIVAR como un homenaje de mi gratitud por haberme proporcionado los regocijos de este estudio y la consignación para las generaciones futuras de las grandes enseñanzas de justicia social, de equilibrio democrático de la autoridad y del pueblo y de solidarismo internacional para el gran progreso que fueron la constante inspiración del Libertador.

Soy su amigo de siempre,

FRANCISCO RIVAS VICUÑA.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

LAS GUERRAS DE BOLIVAR

HISTORIA DE LA EMANCIPACION AMERICANA

TOMO V.

La Gran Colombia

1821-1823

INDICE

	Pág.
Dedicatoria al Señor Doctor don Vicente Lecuna	V
PRIMERA PARTE	
BOMBONA Y PICHINCHA	
I.—Hacia la unión americana	3
II.—Prestigios en el exterior. El derecho triunfante	35
III.—La campaña del Centro y su frente Norte: Bomboná	51
IV.—La campaña del Centro y su frente Meridional: Pichincha	133
V.—La integración colombiana	176
VI.—Agonías de los invasores	209
SEGUNDA PARTE	
LA VIDA INTERNACIONAL	
I.—El nacionalismo peruano	227
II.—La entrevista de Guayaquil y la democracia colombiana	273
III.—El triunfo de la idea. Las vacilaciones del interés	317
IV.—Solidaridad y cooperación hispano americana	348
V.—La grandeza de Colombia	366
VI.—La gran crisis peruana	385
VII.—Las naciones libertadoras	452
ILUSTRACIONES	
Mapa Número 1.—Itinerarios de Bolívar y de Sucre	128
Mapa Número 2.—El territorio de Bomboná	160
Mapa Número 3.—Maracaibo y Puerto Cabello	216

LAS GUERRAS DE BOLIVAR

TOMO IV

1821 — 1823

La Gran Colombia

PRIMERA PARTE

BOMBONA Y PICHINCHA

- I.—Hacia la unión americana.
- II.—Prestigios en el Exterior.—El derecho triunfante.
- III.—La Campaña del centro y su frente norte.—
Bomboná.
- IV.—La campaña del centro y su frente meridional.
—Pichincha.
- V.—La integración colombiana.
- VI.—Agonías de los invasores.

LA GRAN CRISIS PERUANA

La Junta de Gobierno del Perú y el desastre de Moquegua.—José de la Riva Agüero, Presidente del Perú.—Decisión de Bolívar para intervenir en el Perú y organización del ejército de operaciones.—Partida de la expedición colombiana libertadora del Perú.—El auxilio de Chile y la perturbadora acción argentina.—El cisma peruano.

Al estudiar la entrevista de Guayaquil recordamos el plan de campaña ideado por el Protector del Perú; el Virrey tenía su gran línea defensiva interior desde la zona serrana de Jauja, que domina el Norte-Oriente de Lima, hasta más allá de Potosí, sobre una extensión, a vuelo de pájaro, de más de 1,000 kilómetros. Sus puntos principales de concentración estaban en Huancayo, sobre el paralelo de Lima, a 250 kilómetros al Oriente, medidos en línea recta; Andahuaylas sobre el paralelo que va de la costa de Pisco a la histórica capital del Cuzco, a 350 kilómetros de la costa y 150 del Cuzco; Puno sobre la línea geográfica que va del litoral de Chala al lago Titicaca con cerca de 600 kilómetros de vuelo como en los casos anteriores. Desde Puno se llega, por el Norte, a Cuzco, a cerca de 400 kilómetros, y a la Paz a 200 kilómetros por el Sureste. La línea por Huancayo, Andahuaylas y Puno es por su trazado la protectora inmediata de la capital cuzqueña y de las entradas al Alto-Perú, hoy Bolivia, por la zona cercana al Titicaca. Una línea de vanguardia trazó el Virrey desde Arequipa a Moquegua y Tacna, cubriendo los caminos desde los puertos de Chala al de Arica y las posibles invasiones a las comarcas altas por Arequipa o a parajes que, desde Arica, permiten el acceso al Altiplano de Bolivia y a las cabeceras de grandes valles orientales donde moran los pueblos de La Paz, Oruro, Cochabamba, Po-

Potosí y otros. Esta última comarca en la cordillera que la limita por el Occidente tenía algunos poblados, como Tarapacá, en fácil comunicación con el litoral que va desde Iquique a Arica y también esta región estaba vigilada.

Tal es el país con cerca de 600,000 kilómetros cuadrados en el cual, después del desastre del General Tristán en Ica, el Protector San Martín había ideado el grandioso programa de comprimir la línea por sus dos extremos, a saber: Huancayo en el Norte con las fuerzas que mandaría el General Arenales; las fronteras al sur del Alto Perú que debía atacar un ejército de las provincias del Río de la Plata; y un corte sobre el centro de esta línea que daría el General Alvarado con las fuerzas del Perú y los auxilios que debía mandar Chile.

El Virrey contaba con tropas veteranas, con reclutamientos de gentes afectas a la monarquía y habituadas a las grandes marchas serranas y, sobre todo, con capaces generales como Canterac, Valdés, Espartero, Loriga y otros.

La Junta de Gobierno peruano sólo tenía su ejército desmoralizado por la reciente derrota de Ica y por las rivalidades introducidas entre los diversos cuerpos, bajo el régimen fatal del personalismo de San Martín. Como fuerza unida, contaba con los jefes y soldados chilenos de las anteriores campañas y con 300 Dragones más que enviaba el Director Supremo Don Bernardo O'Higgins; la eficacia de este contingente exigía reunirlo bajo la eficaz dirección de sus propios jefes y no debilitarlo por su diseminación en cuerpos extraños.

Unida estaba la División Colombiana que había embarcado el Libertador en los propios días de la Conferencia de Guayaquil y que a las órdenes de Juan Paz del Castillo estaba en el mes de Setiembre en sus campamentos de las vecindades de Lima con la composición siguiente: **Vencedor en Boyacá**, con 625 plazas, Teniente Coronel Ignacio Luque.

Pichincha, con 671 plazas, Teniente Coronel Pedro Guás.

Yaguachi, con 248 plazas, Coronel Luis Urdaneta.

Voltígeros, antes **Numancia** que estaba en el Perú, con 623 plazas a las órdenes del Coronel Miguel Delgado.

Sumaban estos contingentes 2,169 hombres que habían llegar a cerca de 11,000 hombres las disponibilidades totales del gobierno para proteger su territorio del Norte, que era su gran centro de provisiones, acometer la extremidad realista en la zona de Jauja, presionar la sección de la línea central del Virrey por los puertos del sur del Perú y todo esto con la esperanza de una acometida por la frontera meridional de Bolivia con tropas del Río de la Plata.

Como lo dijimos en capítulos anteriores, el gran objetivo de este programa del General San Martín era el despertar un movimiento en el Alto Perú para que los pueblos de esa región, que fuera dependencia del Virreinato de Buenos Aires, manifestaran su adhesión a la causa revolucionaria, pronunciándose sobre régimen de gobierno y sobre jurisdicciones territoriales. Era indudable, dentro del íntimo pensamiento de los autores de este plan, que la expedición confiada al compañero de toda la confianza de San Martín, el salteño General Rudecindo Alvarado, y a las fuerzas que se pedían al Río de la Plata habrían inclinado la voluntad popular del Alto Perú a favor de su incorporación al Río de la Plata, con lo que lograba el Gobierno de Buenos Aires los fines antaño perseguidos con las expediciones de Castelli y de Belgrano. No serán ahora más felices que en esos tiempos estas tentativas de anexión y, dado caso que hubieran tenido resultados, la política del Gobierno Protectoral del Perú habría creado en la región de la actual Bolivia un problema igual al que había suscitado en Guayaquil; era un germen de imperialismo que no podría desarrollarse en el ambiente suramericano y, en un porvenir cercano, va a ser necesaria la mano fuerte de Bolívar para destruirlo en el Alto Perú como en Guayaquil.

La gran batalla de maniobra que se proyectaba en esa inmensa comarca necesitaba el acuerdo de tres gobiernos, cuyas comunicaciones eran difíciles; requería el ordenado curso en fechas determinadas de la División argentina, para atraer hacia el Sur las fuerzas de Olañeta que guarnecían el Altiplano de Bolivia, el ataque coetáneo por las costas de Iquique a Arica, para privar a Olañeta de los recursos de Tarapacá; la acometida simultánea del General Arenales por

el Norte sobre las guarniciones del General Canterac, de modo que éste no pudiera auxiliar la división del centro realista a las órdenes del General Valdés, privado también de cualquier auxilio de Olañeta. Debilitado así el centro, el jefe invasor por esta línea tendría éxito y Alvarado se haría dueño del Alto Perú.

Todo esto era un hermoso plan de gabinete y el prestigio de las autoridades militares lo imponía en la opinión peruana que no tenía medios de juzgarlo; no acontecía lo mismo con el juicio del Libertador que no fiaba en el éxito de un plan ligado a una multitud de concordancias casi imposibles y a la necesidad de efectivos muy superiores, dadas las relativas facilidades de comunicación interna de las huestes enemigas y el total aislamiento de los grupos republicanos en acción.

A primera vista, esta operación en los círculos de Lima aparecía tan fácil como la recientemente realizada por la comprensión del realista por Bolívar y Sucre entre Pasto y Cuenca; pero había múltiples factores que complicaban el problema. Desde luego, sin contar con la mayor extensión territorial y la concordancia de otros gobiernos, el problema mismo hacía necesario pesar con cuidado la eficacia de las tropas y de sus conductores. Bolívar y Sucre realizaron su campaña con un gran núcleo veterano y con oficiales preparados en largos años de guerra; no era el caso de Arenales y de Alvarado que sólo podían contar con ellos mismos y con un pequeño grupo de jefes chilenos a quienes no se permitió dar a sus tropas toda la cohesión necesaria. En el examen comparativo de las recientes operaciones colombianas y de las que se preparaban en el Perú, estas observaciones debilitaban la confianza en el éxito de una campaña cuya complicada estructura necesitaba una gran competencia de los jefes y la más completa disciplina y preparación en los oficiales y en las tropas.

Bolívar pesó detenidamente todas estas circunstancias cuando, desde la partida de la Brigada de Paz del Castillo, a las órdenes accidentales del Coronel Jacinto Lara, recomendó que se mantuvieran siempre unidos sus batallones, a fin de conservar la más estricta disciplina.

El optimismo de la Junta de Gobierno peruana se desprendía del examen unilateral del problema; no era posible prescindir de las capacidades de los capitanes realistas que se habían mostrado maestros en el arte de la guerra, que tenían un eficaz sistema de espionaje en el territorio republicano y a quienes favorecían los pobladores del interior y las condiciones mismas de la comarca rica en comunicaciones desde los tiempos del dominio incásico.

Desde estos puntos de vista, la reciente campaña de Sucre debió ser una lección para los dirigentes peruanos, pero no supieron meditar sobre sus combinaciones. El General venezolano no acometió bravamente por la vía más corta sobre Quito, el centro del realista entre Pasto y Cuenca; hizo un repliegue hasta Loja, en busca de los auxiliares posibles y para dominar una comarca rica en recursos que el enemigo le abandonaría en presencia de fuerzas superiores, colocándose así sobre el eje mismo del realista que Bolívar comprimía por la otra extremidad.

No era esta la situación de Alvarado que iba a cruzar la cordillera por el Sur, alejándose de su centro de recursos para caer torpemente en la zona de las concentraciones internas realistas; el infortunio de una batalla en esta posición sería su total aniquilamiento y el realista triunfante quedaba en libertad de volver contra el patriota que lo acometiera por el Norte, el General Arenales en este caso.

Si la ofensiva se pronunciaba por el sector de este último jefe con fuerzas desequilibradas, el examen de la combinación lleva a las mismas conclusiones: el realista puede organizar su defensiva en la cordillera contra Alvarado, concentrar una victoriosa ofensiva contra Arenales en los valles andinos y volver en auxilio de las fuerzas de retención del invasor del Sur. En ambos casos, el defensor de la Sierra peruana está en situación de concentrar mayores fuerzas sobre cualesquiera de los flancos amagados y esta consideración de primer orden impone al comando republicano la obligación de acometer con fuerzas superiores.

El propio San Martín comprendió estas debilidades cuando pidió auxilios al Gobierno de Chile y envió emisarios a negociar con las provincias del Plata un ataque de

atracción del enemigo. Bolívar meditó en su viaje a Cuenca sobre estos ataques trasversales contra un enemigo defendido en sus comunicaciones y recursos por grandes montañas y, más confiado en los quebrantamientos sobre el mismo eje longitudinal de esos tránsitos, como él lo realizó en Boyacá, recomendó la calma para preparar una campaña que situara al contendor en ese eje, como él lo hizo en 1819, dilatando las fuerzas de Morillo desde Cumaná a Santa Fe de Bogotá para asegurar el duro golpe que dió a la República el Virreinato de Nueva Granada.

La Junta Ejecutiva de Lima, débil corporación que administraba en nombre del Congreso, no apreció los detalles del problema militar, tuvo fe en los talentos de San Martín que preparó esta imposible solución y, confiada en sus generales, rechazó la oferta de 4,000 soldados más que le hacía el Libertador.

En este ambiente de seguridades de éxito, la Junta de Gobierno desarrolló grandes actividades y sólo cabe registrar en su honor los rumbos definitivamente republicanos que imprimía al Perú y la preparación de una Carta Constitucional que prestigia a sus autores por la sensatez de sus principios liberales, sin las exageraciones que hacen fracasar a las jóvenes naciones.

Sabios y patriotas los gobernantes del Perú no tenían las superioridades adecuadas para dominar los grandes problemas creados por el Gobierno protectoral. La primitiva unidad fué destruída casi por las ideas monárquicas del grupo de San Martín; la opinión se mostraba nerviosa por las influencias extranjeras en el ejército y en la administración y manifestaba en el seno del Congreso desconfianzas para el Libertador, injustificado sentimiento que atormentaba a los soldados colombianos.

Bajo esta débil dirección, el ejército no ganó en disciplina, la insubordinación se extendió a la escuadra peruana y la armonía entre los aliados se quebrantaba por la falta de una superioridad vigorosa. El espíritu nacional recelaba de la presencia de dos extranjeros en la Junta: el General La Mar, por muchos que fueran sus afectos al Perú, era de Cuenca y Alvarado era argentino; ninguno de ellos había

tenido intervenciones en los preparativos de la revolución ni en las primeras cooperaciones a la expedición libertadora chilena. La opinión señalaba hombres más representativos y muchos se perfilaban como caudillos de un trastorno.

Un triunfo militar era la única expectativa de estos gobernantes que lo esperaban confiados; empero el feliz suceso no podía producirse en estas condiciones. Bolívar, impuesto de la situación, y considerando la vital importancia de la guerra en el Perú, había trazado la regla de conducta de su jefe expedicionario. El desastre de Ica, en los tiempos de San Martín, presagiaba los resultados de pulverización total que importaría una nueva derrota y era natural que el Presidente de Colombia procurara salvar sus tropas de un total exterminio, de modo que pudieran conservarse para futuras resistencias. Las directivas del General Paz del Castillo le prescribieron la presentación de un convenio una de cuyas estipulaciones decía: "La División de Colombia obrará siempre unida y bajo el mando inmediato de sus propios jefes, sin que en ningún caso pueda desmembrarse de ella ningún cuerpo. Si es posible, obrará siempre por la parte Norte del Perú, haciendo frente al enemigo en aquella dirección para, en caso de un revés, poderse plegar a nuestro territorio y recibir auxilios que la salven."

El Ministro de Guerra, General Tomás Guido, argentino, a nombre de la Junta rechazaba esta proposición y la sustituía por la siguiente: "La División de Colombia obrará unida y bajo el mando inmediato de sus jefes, cuando el plan de campaña lo permita; pero estará subordinada absolutamente al General en jefe en cuanto a las fracciones que convenga separar de su grueso para las operaciones generales, del mismo modo en que se practique con los cuerpos del Ejército del Perú."

La contraposición del Ministro peruano importaba por su propia redacción la negativa del mantenimiento de la unidad pedida por el jefe colombiano. Base esencial de la eficacia de un cuerpo de combate es su cohesión moral, tal como la desea Bolívar y como debe mantenerla Paz del Castillo, la enmienda de Guido tiende al anulamiento de la eficacia militar y no era aceptable. Ante esta consideración básica, des-

aparece la importancia de otras dignas de toda atención; el General San Martín había diseminado el ejército chileno y su carácter nacional desapareció aunque fueran de chilenos las victorias obtenidas; no querían los colombianos igual suerte para sus batallones y ofrecieron su cooperación sobre la base del respeto de su unidad.

Otras dificultades encontraba Paz del Castillo y para apreciarlas debemos recordar ciertos antecedentes de la guerra continental. Los batallones que trajo San Martín de Cuyo a Chile, recibieron en este país todos los reemplazos de sus bajas, hasta el punto que los dos tercios de los combatientes que fueron en el ejército libertador del Perú con el nombre de Los Andes eran chilenos, según el propio testimonio del General Guido que citamos al ocuparnos de los preparativos de la campaña chilena. Posteriormente, cuando el Gobierno Protectoral mandó la columna de Santa Cruz en reemplazo del Numancia, se exigió que las bajas fueran reemplazadas por colombianos y el vencedor de Pichincha cumplió este compromiso, volviendo la división peruana con los mismos efectivos que tenía al partir de Piura; Colombia restituía la sangre derramada por su causa.

El Libertador había enviado una primera brigada al Perú, en vista de la aflictiva situación, sin que existiera ningún pacto formal; fué su generosa cooperación a la obra de San Martín en los días de la conferencia de Guayaquil, estableciéndose sólo verbalmente que se mantuvieran los efectivos con colombianos que estuvieran al servicio del Perú o con peruanos, si no fuera posible.

Tal era la práctica de estas mutualidades de auxilio y a ella se ajustó Juan Paz del Castillo en su proyecto de convenio. La Junta de Gobierno no aceptó estas articulaciones y el jefe colombiano se vió en la obligación de pedir que se le facilitara su regreso, pues no tenía posibilidades de asegurar ni la eficacia ni la conservación de sus tropas.

En torno de este convenio, se suscitaron largos desagrados y, finalmente, en los primeros días de Enero de 1823, se ponían a disposición del General Paz del Castillo las naves necesarias; el día 8 se hacían a la vela desde el Callao los batallones Vencedor, Pichincha, Yaguachi y Voltígeros, demo-

rando hasta mediados de Febrero en su lenta singladura hasta Guayaquil. Bolívar anuncia esta llegada al Vice-Presidente Santander el 14 de Febrero, diciéndole: "Nuestra División es muy brillante, parece tropa de Europa, pero todo su brillo ha salido de sus propios sueldos. Por lo demás, la salida de nuestra División ha hecho poco efecto y yo me persuado que esta indiferencia nace del miedo que nos tenían, pensando que los queríamos conquistar por lo que se había visto en Guayaquil, que tan pacíficamente se reunió a la República. Los peruanos son muy graciosos, nos tienen usurpadas dos provincias, a Buenos Aires cuatro y disputan Chiloé a Chile, y después tienen miedo que los conquisten, porque siempre el ladrón tiene miedo de la justicia."

"A pesar de todo, continúa Bolívar, he escrito de nuevo ofreciendo los servicios de Colombia y me desentiendo enteramente de las recriminaciones que mutuamente nos hacemos. He pensado que esta conducta es noble y conveniente. Hasta ahora no tengo la menor esperanza de que se pueda salvar el Perú, porque tiene todos los elementos de destrucción y ninguno de salud."

La Junta de Gobierno se ha privado del precioso auxilio de estas tropas y rehusa los 4,000 hombres más que le ofreció Bolívar; nada temía y aun debió verse con gusto esta partida a juzgar por una carta del General Arenales a los secretarios del Congreso de Lima, diciéndoles el 5 de Enero: "Después de circunstancias que, por ser tan notables, debo omitir aquí, la División colombiana ha desaparecido y conviene que desaparezca, sin lugar a trepidar sobre este asunto." El jefe argentino que iba a obrar como retentiva en el Norte, mientras su compatriota Alvarado invadía el Alto Perú para facilitar un pronunciamiento de reincorporación al Virreinato de la Plata, debía estar satisfecho de la eliminación de los prestigios de Colombia en una campaña que tenía las tendencias imperialistas que el Presidente de Colombia no habría tolerado, como lo demostró en Guayaquil poniendo su espada al servicio del derecho.

En el Perú quedan actuando Arenales con una División de cerca de 4,000 hombres destinados a una presión sobre la

comarca de Jauja y Alvarado con un contingente igual en su expedición del Sur cuyo final objetivo era la incorporación del altiplano del Perú a la República del Plata, según consta de las instrucciones de San Martín insertas en capítulos anteriores.

Mientras el Libertador se consagra en Quito y Guayaquil a las organizaciones del sur colombiano, a la atención de los grandes intereses de la República y a la preparación de sus inevitables intervenciones en la guerra peruana, veamos cómo las tropas de la Junta deciden la suerte del Perú.

Con un efectivo de 4,000 hombres de las tres armas el convoy de Alvarado, partido el 27 de Octubre del Callao, llega a Arica el 3 de Diciembre de 1822. El General independiente ocupó los valles de Tacna, atardándose en ellos, lo que dió ocasión a las concentraciones realistas, en sus alineamientos de Jauja hasta La Paz.

Guarnecía a Jauja el Coronel Loriga, en Huancayo estaba el General Canterac, La Hera hace un escalón en Arequipa, el Mariscal Jerónimo Valdés guarnece a La Paz y Olañeta cubre hasta el lejano Potosí.

En el centro y a retaguardia de esta línea, el Virrey La Serna se mantiene en la ribera derecha del Apurímac, sobre su capital del Cuzco. Cuenta La Serna con adeptos en Lima y está informado de todos los programas republicanos. Hacia el fin de Octubre, debió recibir la noticia de la salida de Alvarado y sin tardanzas se movieron sus huestes. La más cercana al invasor era la de Jerónimo Valdés que recibió orden de marchar hacia Arica con 1,800 infantes, 750 jinetes y 4 piezas de artillería. Conocedor de los rumbos de Alvarado, distribuyó sus tropas en Omate, Torata y Moquegua de modo que pudieran reunirse rápidamente.

La División Valdés podía ser insuficiente y el jefe realista ordenó a Canterac que se le reuniera con 2,400 infantes y jinetes, debiendo marchar rápidamente, pues tenía que caminar 800 kilómetros hasta cruzar su trayectoria con la del Mariscal Valdés. Como medida de precaución, Olañeta debía acercarse al litoral por si Alvarado recibía auxilios al sur de Arica.

El punto de asamblea de Valdés y Canterac quedó fijado en Torata, en el valle superior de Moquegua, un poco más al Norte del pueblo de este nombre. Valdés era un consumado militar a la vez que hábil político y, llegado el primero a la cita, tendió sus líneas por Moquegua, Locumba y Sama, amagando las fuerzas de Alvarado en la propia ciudad de Tacna el 31 de Diciembre de 1822. Su objetivo no es esta plaza, sino sacar de ella a los republicanos, hacerse perseguir hasta Torata mismo, donde reunido con Canterac dará el golpe definitivo.

En efecto, llegó Valdés a las puertas de Tacna y luego se retira a Torata por Calama y Pachía; deja avanzadas de rápidos movimientos en Locumba a fin de tentar a Alvarado. Este flamante General, como lo había calificado Bolívar, se precipita sobre el cebo que se le tiende y tras de él llegó a Torata, donde reunidos ya Valdés y Canterac, impusieron a Alvarado la más espantosa derrota el 19 de Enero de 1822.

Aun mandaba mayores elementos el Virrey al bien estudiado punto de concentración, llegando al final de la batalla fuerzas de Puno que unidas a las triunfadoras consumaron el desastre de Alvarado, hasta precipitarlo en violenta fuga hacia el puerto de Ilo, donde apenas pudo reunir 800 dispersos de su ejército de 4,000 hombres.

Durante esta campaña, el General Arenales permaneció en espera de órdenes de la Junta; sentíanse en sus filas los presagios del desastre, que también palpitaban en el espíritu popular, una junta de oficiales acordó el 14 de Enero, en su campamento de Lurín, enviar al Gobierno una nota que decía: " Con la ocupación de la Sierra se darán nuevos recursos a la Capital y se destruirá en gran parte el descontento general " que producen la inacción y la miseria; alejaremos siquiera " del centro de la ley el temor que tanto inquieta y distrae " a nuestros representantes y por fin daremos un paso de " concierto con nuestros compañeros del Sur".

El avance de las heterogéneas tropas de Arsenales, según esta presentación, era una partida de aprovisionamiento y nada más; una formal acción de guerra la habría llevado a un choque desgraciado con las guarniciones de Jauja y con la retaguardia de Canterac y, aun en el caso de un éxito, habrían te-

nido en su avance hacia el Sur un encuentro con las tropas triunfantes en Moquegua que volvían a sus guarniciones.

Peligrosa como era la doble ofensiva, su éxito se vinculaba a un sincronismo de marchas que el realista podía combinar, no teniendo los jefes republicanos igual facilidad, hasta el punto que ya la División de Santa Cruz estaba desechada en Moquegua cuando la de Arenales permanecía en su campamento de Lurín. Ignorante del desastre, Arenales se sintió capaz de hacer un movimiento de diversión y así lo manifestó a la Junta; el Congreso estimó que era una manifestación de insubordinación y, sin embargo, hizo saber al General que se le enviarían trasportes para que se trasladara a Pisco y desde allí iniciara su viaje a la Sierra a fines del mes de Enero.

¿Era el deseo de emprender una seria jornada militar en tardío auxilio de Alvarado, cuya suerte no se conocía aún? ¿O era más bien el propósito de alejar de Lima esa tropa en cuya disciplina no tenía confianza la Junta? Los acontecimientos lo dirán; entretanto, el Perú quedaba desarmado y sin otra esperanza que volver su mirada suplicante al desairado Libertador que, noble y valiente, como escribe a Santander olvidará toda recriminación ante la majestad de su deber.

* * *

Otro será el camino de las tropas de Arenales; la rebelión se acentúa y piden como jefe al General que las manda. Hombre de honor el vencedor de Cerro de Pasco rechaza una oferta que es para él una afrenta y los batallones marchan a Miraflores. El 4 de Febrero llegan las noticias del aniquilamiento de Alvarado y la revuelta se pronuncia; Arenales entrega su comando al General Andrés Santa Cruz y se prepara a volver a Chile desde donde dirá a sus compatriotas: “Antes que aceptar un peso superior a mis luces y unos medios tan humillantes de obtenerlo, hubiera preferido mil veces la muerte. Nunca pudo la ambición tentar mi lealtad por el vano poder de un momento, manchando, sobre las aras de la patria, catorce años de servicios; no basta que la patria sea independiente sino libre también, lo que no se obtendrá mientras predominen la influencia y arbitrariedad militares.” (Exposición de Arenales.)

Era una nube sombría sobre los destinos del Perú esta prepotencia del poder armado y ya venía formándose desde

los primeros momentos de la lucha emancipadora; la revuelta de Aznapuquio puso término al gobierno del Virrey Pezuela y entronizó a la Serna; el General San Martín no acertó con la disciplina de su ejército y tuvo que luchar contra los proyectados motines de sus compatriotas, dejando sembrados los gérmenes de discordia que tomarán cuerpo ante las debilidades de la Junta que le sucedió y en el espasmo de la noticia de un gran descalabro.

El 26 de Febrero el Ejército se acercó a Lima y el General Santa Cruz pidió al Congreso la disposición de la Junta y la entrega del Poder Ejecutivo a don José de la Riva Agüero; Tramarría, aquel agente de la Municipalidad de Lima promotor del movimiento nacionalista que provocó la caída de Monteagudo, asumió la representación de las tropas de Lima para hacer igual pedido y ocupó las calles y plazas de la capital.

Era un choque entre la intelectualidad de los congresales que, sin sentido de las realidades del momento, no supieron servirse de las armas para defender los grandes intereses nacionales, y los impulsos violentos de hombres de acción que se creían capaces de salvar al país. El frío observador no puede interpretar de otro modo este acontecimiento; pronunciarse sobre otros móviles de los autores del motín político-militar es caer en el campo de apreciaciones personalistas que el historiador no debe hacer.

Usufructuario de la revuelta aparece José de la Riva Agüero; le aplauden unos, le censuran otros; ante el suceso no nos es posible apreciarlo sino como una resultante de un anhelo de la colectividad, el de activar la guerra y de entregar sus responsabilidades a más caracterizados elementos nacionales, sin perjuicio de buscar las cooperaciones internacionales que la Junta había rechazado.

Lo único digno de censura es la actitud de un ejército que en la inacción perdió su disciplina, convirtiéndose en instrumento de fines a los que pudo cooperar de modo más conforme a su misión. El Congreso era el representante de la voluntad popular y no podían asumirla las tropas sin sentar el funesto precedente de abrir el camino de las imposiciones por la fuerza a los intereses de círculo o a las ambiciones perso-

nales. El Presidente del Congreso, Luna Pizarro, tuvo un hermoso gesto de protesta que anotamos complacidos; el Congreso no podía deliberar ante la presión de la fuerza y propuso que se retirara, dejando en plena libertad de discusión a los representantes.

Uno de los diputados expresó con toda verdad que, desde la primera presentación de la oficialidad el 14 de Enero, medida que no recibió sanción, el Parlamento no fué sino un simulacro de asamblea nacional y que la actual aprobación que se diera a las exigencias de la tropa era la participación del Congreso mismo en una conspiración de parte del Ejército. La docilidad con que la mayoría de los parlamentarios accedió al pedido de disolver la Junta de Gobierno demuestra que quienes tal deseaban pudieron realizarlo de otro modo que colocando a la fuerza armada, que es garantía de todos, en posición de resolver por el imperio de las bayonetas lo que debe ser aclarado por la madura discusión como deseaba Luna Pizarro. El camino quedaba abierto para que, en estas democracias juveniles, los círculos anhelantes de cualquiera aspiración adularan a los directores de las armas nacionales y acudieran al fácil expediente de anular la sana controversia que conduce a la armonía social para reemplazarla por los golpes de audacia que la rompen en favor de tendencias determinadas; es la suplantación de la soberanía del pueblo generada en el espíritu por la imposición de un grupo que se apoya en las materialidades. La unión de soldados y campesinos en torno del soviét ruso y sus consecuencias anárquicas es una aplicación de este sistema que aplicaron los peruanos con un siglo de anticipación. Razones tenían quienes deseaban un cambio en el gobierno peruano y eran también por demás justificadas las reivindicaciones del pueblo ruso; pero pudieron buscarse en el tranquilo debate nacional, en la comunión de todos en un programa que no podía nacer de las impresiones en torno de las fogatas de un campamento sino de la amplia discusión de hombres serenos cuya tranquilidad debieron asegurar esos mismos soldados.

Sólo de este modo se consiguen soluciones duraderas para los conflictos sociales; los métodos impositivos, por lo mismo que no descansan en el consentimiento concordante que es

siempre posible obtener se traducen, en privilegios de casta que tarde o temprano, se derrumban en trastornos, cualquiera que sea la clase social que se sirve de esos elementos, ya sean los señores feudales de la antigüedad con sus absolutismos o el estado llano de hoy que no reconoce más derechos que los propios.

De muy diversa manera conducía el Libertador la evolución social; su ejército, siempre con el arma al brazo contra el común enemigo; los organizadores de la sociedad en su propia campaña de armonizar y compensar ideas en la amplia discusión de sus reuniones y de su prensa. No tuvo igual suerte el Perú, tan mal iniciado por el gobierno protectoral en la política sigilosa de una asociación de amigos en la que San Martín dió parte preponderante a sus jefes y oficiales.

La ruptura de equilibrio era un defecto inicial, propio de un sistema errado y la trizadura debía producirse en cualquier momento crítico con todas las turbulencias de los cuerpos que buscan una combinación estable. Estas dislocaciones eran temidas por Bolívar como consecuencias de una derrota y le hemos visto recomendar la mayor prudencia en las operaciones militares: él conoce el cuadro completo por informaciones de su jefe expedicionario y, temeroso del desastre y de la revuelta, no desmayó en la preparación de sus fuerzas de auxilio, ni en buscar la ayuda de Chile, ni en estimular la tranquilidad peruana. Con estos objetos envió en misión a Chile a don José Larrea y Loredo y al Perú a don Luis Urdaneta.

El General Santa Cruz, en la preparación de estos sucesos, escribía a Juan Paz del Castillo: "Me persuado que ha ya llegado Vd. bien a Guayaquil donde en mi concepto "tendráse (sic) Vd. poco porque ya es indispensable que "venga el Libertador con el ejército a pesar de todo. La "visión del Sur ha sido batida completamente y sacrificada "a las disensiones y caprichos particulares. Ya tenemos en "en el Callao los restos de aquel desgraciado ejército, no se "ha perdido jefe alguno porque todos cuidaron de ponerse "en salvo con mucho tiempo. Los que han escapado no traen "armas, sin duda, porque les molestaban para correr. Si el "destino no obra un milagro político, el Perú volverá a ser

“ de los españoles; y muchos de los que hoy no figuran, tanto, tanto les ofrecerán sus servicios.”

Hay en esta carta de Santa Cruz temores de traiciones futuras que encontrarían base en los informantes que el Virrey tenía en Lima y estos enemigos emboscados, que apenas anuncia el General peruano, producirán movimientos anárquicos que sólo una mano de hierro podrá reprimir, será la de Bolívar que como dice Santa Cruz, debe venir con el ejército a pesar de todo.

* * *

Está atento el Libertador a esta crisis peruana y al propio tiempo examina las que desgraciadamente se están desenvolviendo en las demás repúblicas hermanas y la que tan hondamente agita a España, en el porfiado batallar del absolutismo de Fernando VII contra los constitucionalistas. En una carta escrita al General Santander el 14 de Febrero, de la cual ya trascibimos algunos párrafos con ocasión del regreso de la brigada Paz del Castillo, analiza Bolívar la situación de nuestro Continente y de España y cree que pueden presentarse condiciones favorables para la paz al decir al Vice-Presidente: “Repito mi encargo sobre la paz; que se haga a todo trance, cueste lo que costare, sin reparar en condiciones. Un tratado se reforma por otro tratado y Colombia es más respetable hoy que nunca y por lo mismo debe temerse que las divisiones y otras causas nos pongan después en el caso en que están los otros pueblos de América; todos divididos y débiles: entonces las condiciones que nos impongan los enemigos serán más fuertes. Por otra parte, los españoles están hoy en el caos más horrible, por consiguiente, es el momento más dichoso en que debemos tratar con ellos, porque es el momento mínimo de estado social.”

Su preocupación es mantener la fortaleza colombiana cuyo único debilitamiento puede provenir de las victorias realistas en el Perú y hace en la carta que recordamos una valiente exposición comparativa de principios y marca las desafecciones que puede tener la democracia colombiana; “en el Perú no nos quieren porque somos demasiado liberales, comenta; ellos no quieren la igualdad; lo mismo en Chile; en Méjico otro tanto; en el Brasil será lo mismo. Hay que ser fuerte y “no cambiar de principios porque eso es peor que

“ el aborrecimiento general”: y luego precisa intenciones, “la de su mayor anhelo que es conocer los resultados militares del Perú” y la confianza en su ejército “que es tan hermoso que deslumbra a todo el mundo y temblarían San Miguel y socios”. En este recuerdo de San Miguel se refiere tal vez al ministro ultra reaccionario del Gabinete de Fernando VII.

En las Cortes españolas han triunfado los exaltados, como allí se llama a los constitucionalistas y presidente de ellos es el ídolo popular Riego; el Monarca se escuda en la Santa Alianza ya muy debilitada por las frialdades de Francia y de Inglaterra. En el Gabinete Británico ha reemplazado Georges Canning, que simpatiza con la revolución americana, al Ministro Castlereagh y la defensa del absolutismo reposa sólo en Rusia, Austria y Prusia. El Czar convoca un Congreso en Verona, en él se hace representar Gran Bretaña por el duque de Wellington y Francia por Montmorency; la propuesta rusa es terminante en el sentido de auxiliar a los absolutistas españoles, el delegado británico se opone a toda intervención y por fin los soberanos del norte de Europa arrastran a sus ideas al francés y aprueban un plan que dará por resultado la invasión de la Península con los ejércitos del Duque de Angulema.

Ante este cuadro europeo, coloca Bolívar la delineación de la guerra americana; en el Río de la Plata se perpetúa la inacción ante el enemigo, persistiendo en el sistema de negociaciones diplomático-comerciales con Europa; Chile tiene que resolver aún el problema de arrojar a los realistas de las islas del Sur que pueden ser una base de operaciones; el Perú está a los bordes de la anarquía, notándose grandes síntomas de apartamientos de dirigentes más ambiciosos que republicanos, que pueden llegar hasta la traición.

Sólo Colombia se muestra fuerte y organizada, pues están contados los días de los realistas en Maracaibo y Puerto Cabello; el Libertador comprende que a su Patria le corresponde la insigne misión de salvadora de la libertad ante los peligros de nuevas acometidas de España auxiliada por la Santa Alianza; su acción no puede ir al auxilio de los constitucionalistas peninsulares, está más inmediata y es la destrucción del gran baluarte del Perú. Una victoria realista en ese país

es de nuevo el voraz incendio de una guerra de exterminio y no hay sino una sola solución posible, la del dominio republicano en todo el ámbito de las naciones del Pacífico lo que, mientras se desarrolla la crisis española, permitirá abordar las negociaciones de paz en forma favorable, a fin de evitar mayores sacrificios, o bien decidirse por la guerra en grandes condiciones de preparación que darán un triunfo definitivo con mayores seguridades que el obtenido sobre las huestes formidables de Morriilo.

Su deber es economizar los sacrificios de una prolongada lucha que consume a la juventud americana, a los hijos de Chile que se inmolan en la expedición libertadora del Perú, y en sus combates del Sur, a los colombianos que en trece años de guerrear continuo han derramado a torrentes su sangre generosa. Una acción rápida se impone y Bolívar está dispuesto a asumir toda la responsabilidad, incluyendo la de invadir al Perú, a pesar de su gobierno independiente, porque sobre todo está la causa americana que reposa en estos momentos sobre la potencia de Colombia.

Tan profunda es su convicción y tan intensas sus preocupaciones que el 19 de Febrero ordena a Sucre desde Guayaquil: "Incluyo una carta de un tal Portilla, cartagenero que vive en Lima. Ella dice lo sucedido y da el estado de las cosas del Perú.

"Reservado. Estoy resuelto a llevar 6,000 hombres de un porrazo, en lugar de estar haciendo inútiles sacrificios parciales. Con estos 6,000 hombres se puede hacer mucho; allá hay otros tantos y yo puedo levantar otros tantos más con los recursos del país. Además el Callao es inexpugnable y, en todo evento, puede prolongar la guerra por muchos años. De todo ésto resulta que tanto Ud. como yo debemos hacer inmensos sacrificios en el momento.

"1.º Para conseguir \$ 100,000 en cada departamento;
" 2.º Para completar los Rifles con 1,200 hombres y Bogotá con 800; 3.º Para equipar completamente la infantería y caballería en todo y por todo, en un modo digno de competir con las tropas del Perú que están perfectamente equipadas; 4.º Para que marchen a la primera orden tanto los cuerpos como los reclutas y prisioneros, armados y equipa-

“ dos; 5.º Para que todo se haga volando, volando, volando, sin perder un minuto.

“ Mi intención es llevar al Perú todos los escuadrones y batallones que tenemos en el Sur. Yaguachi debe aumentarse en 800 hombres en Cuenca y lo mismo será de Vargas que está aquí.

“ Dentro de un mes saldrá la primera expedición compuesta de 3,000 hombres y la segunda compuesta de otros tantos en dos meses. He pedido al Ejecutivo 3,000 hombres del interior de Colombia, estos deben cubrir los departamentos del Sur, y mientras tanto las milicias deben hacer el servicio e instruirse en todas partes. Los reclutas del Istmo y los pastusos se darán a Voltígeros, Vencedor y Pichincha; Vargas tomará sus reclutas en esta provincia.

“ Ahora mismo nos estamos preparando para embarcar 3,000 hombres y espero que del Perú vendrán trasportes y víveres para otros 3,000.”

Esta orden terminante la cumplirá Sucre con toda la rapidez que se le ordena, aceptando en la serenidad de su patriotismo la participación de sacrificios y de responsabilidades con que el Libertador le honra.

Con la clarividencia que le dan sus datos sobre los actores de las tragedias peruanas y los que ha logrado reunir sobre los acontecimientos, manifiesta igual resolución al Vice-Presidente General Francisco de Paula Santander en carta del 12 de Marzo. “Del Perú nada sé oficialmente, tengo una idea confusa de su situación actual que, según parece, es la más lamentable. Su gobierno aun no me ha escrito una palabra. Dice un buque llegado últimamente de Lima que Canterac está todavía en Arequipa, aunque otros aseguran que ha venido a Lima. El hecho es que a fines de Abril pueden los enemigos acercarse a Lima y allí no hay más que 4,000 hombres que la defiendan, cuando los enemigos pueden traer el doble número de tropas buenas. Todo está allí en desconcierto, no hay ni gobierno ni ejército”.

Desconfía el Libertador de la sinceridad republicana de muchos de los dirigentes del Perú a quienes enumera y continúa: “En estas circunstancias voy a hacer un esfuerzo extraordinario para meter en Lima 3,000 hombres nuestros a las

• órdenes del General Valdés. Estas tropas, sin que nadie las
“ haya pedido, van a entrar allí como puedan a fin de im-
“ pedir la entrega de Lima y del Callao. Y no van más por
“ ahora, no teniendo ni buques, ni víveres, ni tropas aquí,
“ ya hemos gastado cien mil pesos y estamos empezando la
“ empresa. Para mandar los otros 3,000, Dios sabe lo que
“ tendremos que hacer, porque estamos llenos de deudas y
“ sin el menor crédito. En fin todo se hará cueste lo que cos-
“ tare.”

No vacila Bolívar ante ningún obstáculo y se pone en el caso de contar sólo con sus recursos y aun con la resistencia peruana. “Valdés, continúa su carta, lleva orden de ir al Callao y de desembarcar allí, si lo permiten; si no se lo permiten vendrá a desembarcar a Trujillo y mandará los transportes para llevar los otros 3,000 hombres y emprender luego mi marcha a Lima.

“Participe Vd. al Congreso mi resolución de ir a Lima, para que diga su determinación en este negocio. Yo creo que estando autorizado con un poder discrecional, me será permitido también ir al país enemigo que ocupan los españoles en el Perú, porque aquellos enemigos se vienen para acá si no voy a contenerlos allí, y el país enemigo no debe considerarse como país extranjero, sino como país conquistable y, siendo la conquista el objeto de la guerra es también mi deber expulsarlos de todos los países cercanos a nuestras fronteras. Pienso que no faltó a la Constitución en marchar al encuentro de los enemigos, porque país enemigo no es país extranjero, como no lo fué Nueva Granada para Venezuela. El que lo pretenda será un necio y un necio no puede ser autoridad.”

Como es de su deber, comunica estos mismos conceptos al Ministro de Guerra y le anuncia que las tropas que volvieron de Lima y otros cuerpos de la Guardia están listos para marchar. Lo hará de todos modos, a pesar de los rumores de un crucero de naves españolas en el Pacífico, habiendo equipado una flota con los pocos elementos disponibles. La guarda del pabellón nacional queda confiada a la Corbeta Bomboná (antes Alejandro), al bergantín Chimborazo (antes Ana) y a la goleta de guerra inglesa Lady Colier, rebautiza-

da Guayaquileña, recién adquirida. Los 52 cañones de estos barcos podrían proteger los trasportes que llevarán las tropas colombianas a los puertos del Perú.

Ante la magnitud del problema americano, no quiere Bolívar que Colombia se aisle en sus responsabilidades y dice al Ministro de Guerra: "Se ha invitado a los gobiernos de Chile y de Buenos Aires a una cooperación simultánea para destruir al enemigo común y es de esperar que viéndome esos gobiernos a la cabeza de las operaciones, tomen más interés que el que hasta ahora han manifestado". (Doc. 887 y 888 O'Leary. XIX).

En cuanto a las capacidades de Colombia para la empresa, el Presidente las precisa en los siguientes términos:

1.º Están 5,000 hombres listos para marchar a Lima el 18 de Marzo convoyados por la **Bomboná** y el **Chimborazo**, pues la **Guayaquileña** ha llevado en misión especial al Callao al Coronel don Luis Urdaneta, a ofrecer nuevamente los servicios de Colombia y a despachar los correos rápidos a los gobiernos de Chile y de Buenos Aires.

2.º Esta acción es indispensable pues si los españoles se adueñan de una capital de grandes recursos ganarán crédito en la opinión y la causa de la libertad en el Perú se perderá; podrán constituir una marina que moleste nuestro comercio en el Pacífico e interrumpa nuestras comunicaciones militares.

3.º Colombia debe contemplar las posibilidades de este triunfo español que expone sus fronteras a invasiones terrestres y marítimas.

4.º Estas ventajas llevarán al enemigo a constituir el sur de Colombia en su teatro de operaciones, poniendo a la República en pugna con los grandes elementos que los realistas pueden derivar del Perú.

5.º Cualquier ensanche del poderío español en América obra a la vez en perjuicio de Colombia y de los Estados del Sur.

Al triunfar en Carabobo, hace apenas ocho meses, el Libertador pidió la más rápida conjunción de las armas continentales para ultimar la derrota realista en el Perú; no la obtuvo y siguió su empresa con los elementos colombianos por las ásperas breñas de Bomboná y Pichincha y, ya libre y or-

ganizada Colombia, la busca nuevamente y toma las iniciativas propias del dictado de su conciencia, de la obligación que él y Colombia se han impuesto para salvar la independencia americana.

Su temperamento militar lo lleva a la ofensiva metódica que tanto recomendó a la Junta de Lima y para ello tomará las posiciones que indica su carta al Ministro de Guerra. “Mo-
“viéndose, le dice, las fuerzas de Colombia sobre el Perú, de-
“fendidas Lima y las fortalezas del Callao, casi es imposible
“que el enemigo ocupe y pueden aprovecharse y convertirse
“contra él los medios que este convertiría y aprovecharía con-
“tra nosotros. Se aleja la guerra de Colombia y se hace, sin
“gravamen nuestro, en territorio ajeno; se asegura la opinión
“de la República del Sur y probablemente puede batirse al
“enemigo y quitar el único que queda en la América meri-
“dional.”

En este mismo día 14 de Marzo, de las cartas que hemos recordado, están listas sus naves de guerra y los trasportes para las divisiones colombianas libertadoras del Perú distribuidas en el siguiente cuadro de guerra:

Plana Mayor.

Comandante en jefe: General de División Manuel Valdés.
Segundo Comandante: General de Brigada Jacinto Lara.
Secretario: Coronel Tomás de Heres.
Jefe de Estado Mayor: Coronel Luis Urdaneta.
Adjunto al Estado Mayor: Mayor Manuel Olivar.

Primera División.

Primera Brigada:

Comandante General Jacinto Lara.
Jefe de Estado Mayor: Coronel Vicente González.
“Vencedor en Boyacá, 910 plazas, Coronel Ignacio
Luque.
Voltígeros, 712 plazas, Coronel Miguel Delgado.
Pichincha, 728 plazas, Coronel Pedro Guás.

Segunda Brigada:

Comandante, General José M. Mires.

Jefe de Estado Mayor: Coronel Carlos Ortega.

Comandante de caballería: General José Barreto.

Rifles de Bomboná, 1,200 plazas, Coronel Arturo Sander.

Bogotá, 1,000 plazas, Coronel León Galindo.

Húsares, 170 plazas, General Laurencio Silva.

Granaderos, 180 plazas, Coronel Cruz Paredes.

Son 4,900 hombres de tropa a las órdenes de jefes y oficiales que han hecho las grandes campañas colombianas el ejército formado por Bolívar, desentendiéndose de los desdenes peruanos, para acometer la empresa final de la emancipación, aun a despecho del Perú. La primera brigada está pronta para hacerse a la mar y el General Sucre activa la movilización de la segunda y se prepara él mismo servicio para servir de lazo de unión entre estas fuerzas no pedidas y el gobierno del Perú.

Mientras tanto, el mismo Sucre en Quito y en Guayaquil Illingworth piden cien mil pesos a cada uno de estos departamentos y venden los terrenos fiscales en los éjidos de la capital. La campaña es una empresa nacional y se encuentra todo el nervio de su inspiración en un artículo de "El Patriota", de Guayaquil, que dice: "Alientan aún los españoles en el Perú; Guayaquil y la República toda detienen la marcha de los negocios. Agricultura e industria, artes y ciencia, el comercio mismo todo debe paralizarse al escuchar el ruido de la infame cadena que unce al yugo de la tiranía a nuestros hermanos del Perú. Nuevos laureles van a ornar las sienes de nuestros guerreros, nuevas victorias se preparan al pie de los Andes a los vencedores de Carabobo y Boyacá; nuevos triunfos están destinados a los vencedores de Bomboná y Pichincha desde la laguna de Reyes a la de Chucuito. Tamañas empresas no pueden realizarse sino a costa de grandes sacrificios. El héroe de Colombia, el inmortal Bolívar no reposa un instante hasta no ver asegurado el territorio de la República en toda su integridad. La experiencia de trece años de la más cruda guerra le hace te-

“mer las relaciones de la España cuya constancia es la única virtud que debiéramos imitar.” (Doc. 2156. B. y A. Tomo VIII.)

Es toda una pre-guerra este gran afán de Bolívar; lucha contra la inercia y la desconfianza de los mismos por quienes se sacrifica, ingrata contienda que aun tendrá que continuar contra los adversarios encubiertos que está presintiendo, antes de llegar a cruzar sus armas con los sostenedores de Fernando VII el Deseado que tantas lágrimas cuesta a España.

* * *

Afortunadamente para América, la crisis peruana facilitará la empresa del Libertador. Le hemos visto buscar de nuevo las conexiones con Chile y Buenos Aires, dirigiéndose a los jefes de gobierno, y con el Perú enviando en misión especial, a bordo de la *Guayaquileña* al Coronel Luis Urdaneta. El sucesor de la desventurada Junta de Lima, Don José de la Riva Agüero, con el título de Presidente del Perú, se penetra también de la necesidad de la unión y envía a Chile a Don José Larrea y Loredó, comisiona al Almirante Blanco para una inteligencia con Buenos Aires y manda al General Don Mariano Portocarrero como plenipotenciario ante el Libertador.

Tan imperativa era esta internacionalización de la guerra que en estos propios días el Gobierno de Chile, impresionado con las consecuencias de la derrota de Moquegua, investía con plenos poderes a Don Joaquín Campino para que ofreciera todos los auxilios necesarios al Perú.

Estos activos emisarios parten sin demora, se cruzan en las abiertas rutas del mar y se consagran con decidido empeño a reparar los errores de la política anterior de reservas y de soluciones preconcebidas en las que no era la causa continental la nota dominante.

Al frente del Gobierno de Lima está un hombre cuyas condiciones positivas de amor a las adhesiones populares, de inteligencia y de actividad es lo único que nos interesa anotar por ahora; sus defectos personales, orgullo que ciega y ambición que envilece, los señalamos porque van a obrar contra él

mismo, lección para quienes no eliminan estas imperfecciones cuya contraposición anula aquellas buenas cualidades.

Riva Agüero activó la organización del ejército, creando nuevos cuerpos y buscando un jefe adecuado; no podía ser él, a pesar del pomposo título de Gran Mariscal que se le otorgara al inexperto Coronel de milicias, ni había confianza en ninguno de los jefes de las desgraciadas campañas; inevitablemente tendría que ser alguno de los victoriosos capitanes de Colombia y era el Libertador mismo quien inspiraba ahora la confianza máxima.

La hueste peruana es insuficiente y ahora se comprende en todo su alcance la desdeñada oferta del Libertador; el Presidente Riva Agüero reacciona por mandato de la necesidad y suplica ahora el envío de los 4,000 soldados y más que eso, la personal dirección de la campaña por Bolívar.

En el Macedonia llega el enviado peruano a Guayaquil y es portador de cartas privadas y credenciales que pone en manos del Libertador el 15 de de Marzo, cuando ya están a punto de partir los primeros batallones que el Presidente de Colombia manda al Perú cueste lo que costare, por imperio de su deber.

“Las grandes virtudes del héroe americano, dice la carta privada de Riva Agüero, que libertó a Colombia inspiran tanta confianza y amor hacia su persona, en todo el que ama a su país, que lo enajena y trasporta fuera de sí mismo. Impulsado yo de estos sentimientos, no he podido dejar de manifestar sinceramente la admiración y respeto que profesaba al genio de América”.

Las instrucciones que lleva Portocarrero, fechadas en Lima el 1.º de Marzo, le ordenan; 1.º Conseguir de Colombia que auxilie al Perú con un millón de pesos, pues su tesoro está exhausto; 2.º Solicitar tropas hasta el número de 4,000 hombres que obrarán a las órdenes del Gobierno del Perú; 3.º Facilitar los trasportes necesarios para conducir estas tropas; 4.º Obtener 4,000 fusiles, obligando para su pago las rentas del Estado.

En realidad el auxilio de dinero no era de urgencia pues en esos mismos días el Perú ha negociado un empréstito de un millón doscientas mil libras esterlinas que se le otorgó con

35% de descuentos; lo importante era el ejército de hombres acostumbrados a la victoria y, al presentar sus credenciales a Bolívar, dícele el Ministro, confesando noblemente los errores cometidos: "Lima feliz en los primeros pasos de su regeneración política fué la admiración de los pueblos libres, cuando con una fuerza aparente hizo huir a sus enemigos. El General Canterac temió con razón a un pueblo entusiasmado más que a la fuerza armada que se le presentó. Y en este estado ¿quién no presagiaría que la campaña sería concluída a la voluntad del General San Martín, viéndolo constituido su Protector? Todo debió suceder como se deseaba; pero cosas que no están a mi explicación por ahora, perturbaron el curso majestuoso de la guerra, minoraron los recursos y motivaron los desgraciados sucesos de Ica y de Moquegua con un comprometimiento general de la opinión. Aletargado el Gobierno con estos incidentes, se inclinaba más a sentirlos que a remediarlos; pero a un clamor general del pueblo y del ejército dió el soberano Congreso del Perú un nuevo impulso a la causa de la independenciam, depositando el Poder Ejecutivo en el benemérito patriota de Don José de la Riva Agüero. Este digno jefe, lo primero a que aspira es a buscar los recursos de que carece, en el héroe de América, en el gran Bolívar, a quien todo elogio es corto, si pensara mensurar sus grandes méritos. A este interesante fin elige mi persona para que sea el órgano por donde se sirva oír V. E. las súplicas del Perú, y como el objeto de ellas es su salvación, me felicito desde ahora por el mejor éxito de mi misión, pues tengo el honor de estar ya a la presencia del Libertador de Colombia y del Perú." (Doc. 2157. B. y A. Tomo VIII.)

La respuesta de Bolívar no es fórmula banal de estas ceremonias diplomáticas, es la constancia de un hecho, de la necesidad que un pueblo derive de sí mismo sus prosperidades y de la unión indispensable para la contienda americana. "La suerte de la bella República peruana, replica Bolívar, está ya asegurada porque tiene un gobierno de su corazón, un ejército peruano y a Colombia de auxiliar.

"¡Sí! Colombia hará su deber con el Perú; llevará sus soldados hasta Potosí y estos bravos volverán a sus hoga-

“ res con la sola recompensa de haber contribuído a destruir
“ los últimos tiranos del Nuevo Mundo.

“ Colombia no pretende un grano de terreno del Perú,
“ porque su gloria, su dicha y su seguridad se fijan en con-
“ servar la libertad para sí y en dejar independiente a sus
“ hermanos.

“ Señor General, responda V. S. al Gobierno del Perú
“ que los soldados de Colombia ya están volando en los ba-
“ jeles de la República, para ir a disipar las nubes que turban
“ el sol del Perú.”

Estos discursos eran brevísimos paréntesis en las reunio-
nes para el arreglo de convenio de cooperación que firmaron
el 18 de Marzo los Generales Juan Paz del Castillo y Mariano
Portocarrero y a cuya ejecución se procedía coetáneamente.
Las principales cláusulas de este convenio disponen:

1.º La República de Colombia auxiliará con 6,000 hom-
bres a la República del Perú y cuantas fuerzas disponibles
tenga según las circunstancias.

2.º El Gobierno del Perú satisfará a Colombia los cos-
tos de trasporte de estas tropas y los emolumentos que corres-
pondan a sus jefes, oficiales y soldados.

3.º La reposición de armas, equipos y municiones serán
de cuenta del Gobierno del Perú y la marina de guerra colom-
biana será tratada como los buques del Perú cuando esté al ser-
vicio de esta República.

4.º El Gobierno del Perú se obliga a reemplazar numé-
ricamente las bajas a medida que vayan ocurriendo, a fin de
conservar la eficacia de las tropas en acción. (Doc. 905. XIX.
O'Leary.)

En estos mismos días, negociaba en Lima el enviado del
Libertador, Coronel Luis Urdaneta, un convenio análogo con
Riva Agüero, en la ignorancia del pacto que se suscribía en
Guayaquil, pues como hemos dicho los enviados de Colombia
y del Perú no tenían noticias de sus misiones conjuntas y am-
bos les interesaba la más rápida solución. El convenio de Gua-
yaquil difiere en cuanto al reemplazo de las bajas y Riva Agü-
ero pretendió imponer las cláusulas correspondientes del firma-
do en Lima; el Libertador insistió en el ajuste Paz del Casti-
llo-Portocarrero, anterior en algunos días al de Urdaneta-

Riva Agüero y ya en curso de ejecución; tras una breve discusión de cancillerías así quedó establecido.

El Ministro peruano había traído 4 trasportes para llevar tropas y el mismo día 18 de Marzo se agregaban a la flota ya tripulada por Bolívar, compuesta de los trasportes Flecha, Sacramento, Juan Bautista, Paquete y Sofía, escoltados por los barcos de guerra colombianos Bomboná y Chimborazo; en esa misma fecha se hacía a la vela la primera brigada de 2,350 infantes a las órdenes del General Jacinto Lara, embarcándose con ellos el Comandante en Jefe, General Manuel Valdés, cuyas instrucciones debemos insertar íntegras, pues reflejan las clarividencias del Libertador sobre los sucesos del Perú.

“La situación actual del Perú, dicen estas directivas, exige una gran circunspección, mucha sagacidad y tino para obrar con utilidad de sus intereses y los de Colombia, S. E. ha creído de su deber auxiliar aquel estado y se ha dignado nombrar a V. S. Comandante General de la Primera División. S. E. me manda trasmitir a V. S. las observaciones siguientes que ejecutará con puntualidad:

1.º Acantonado en Miraflores con su División, V. S. y toda ella manifestarán respeto y consideración por la actual administración, obedeciendo las órdenes que V. S. reciba de aquel Gobierno que tengan por objeto conservar el orden y la tranquilidad y hacer mantener el respeto y subordinación.

2.º V. S. procurará no entrar en ninguno de los partidos que naturalmente debe haber en aquel país, sino que los observará con imparcialidad, sin manifestarse adicto a ninguna opinión. Si por algún accidente la Administración actual fuere removida por algún movimiento popular, V. S. y la División observarán una conducta neutral. Pero si sólo fuere una facción despreciable que no tenga en su favor toda la opinión del pueblo, V. S., si el Gobierno lo invitare, lo sostendrá. En general, V. S. va a conservar a Lima y al Callao y no a mezclarse en materias de Gobierno, ni en asuntos propios del pueblo peruano.

3.º Mientras llega la segunda División, que saldrá de aquí dentro de 30 ó 40 días, V. S. permanecerá en su acantonamiento; y si en este intervalo el Gobierno del Perú dis-

“ pusiese la marcha de alguna expedición, V. S. quedará ha-
“ ciendo la guarnición de Lima. Mas, si por ese tiempo la Ca-
“ pital fuese invadida y V. S. con los demás oficiales genera-
“ les conviniera en que puede defenderse con probabilidad
“ de buen suceso, la defenderá con las tropas de Colombia y
“ las demás que haya en Lima, de acuerdo con los jefes de
“ éstas. Pero si no fuere posible defender la Capital con pro-
“ babilidad de buen éxito, entonces V. S. se retirará hacia el
“ Callao.

“ 4.º Si V. S. no creyere que la Capital puede salvarse, ha-
“ rá esfuerzos extraordinarios para conservar el Callao a to-
“ do trance, valiéndose de todos los medios imaginables para
“ apoderarse de él y conservarlo. En último caso empleará
“ cualquiera estratagema militar.

“ 5.º Si V. S. creyere que cualquiera facción amiga de los
“ españoles trata de subvertir el orden, de alterar o destruir
“ la actual Administración en Lima, en este caso V. S. con la
“ División de su mando sostendrá al Gobierno.

“ 6.º La conservación de Lima es de una grande utilidad;
“ pero la del Callao es de absoluta necesidad. Este puerto se-
“ rá la base de todas las operaciones y perdido él habría un
“ trastorno espantoso. La salvación del Perú sería bien difícil
“ y Colombia vendría a ser el teatro de la guerra.

“ 7.º Antes de la llegada de la segunda División, sólo
“ puede comprometerse la de su mando con posibilidad de
“ buen suceso en la defensa de la Capital y a todo trance en
“ defensa del Callao; hasta que reunidas la primera y la se-
“ gunda pueda obrar el Ejército con actividad y esperanza”.
(Doc. 906. XIX. O'Leary.)

Va con sus consignas el General Valdés con rumbo al Callao en su bien custodiada flota de trasportes y entretanto se hace a la vela hacia Panamá el *Cinco Amigos* que despacha el Libertador en busca de las reclutas del Norte de Colombia y de toda una provisión de elementos de guerra. En el puente de su barco debe meditar Valdés sobre el complicado problema de guerra extranjera, de discordias nacionales bien pronunciadas en su acción pública y de una gruesa mar de fondo en el continuo complotar de los emboscados del realismo; todo esto no tiene sino un remedio, la enérgica orientación de

un gobierno y a ello debe cooperar la División Colombiana con el exquisito tacto que se desprende del mandato que le confía el Libertador.

El Patriota, de Guayaquil, saluda la partida de la flota con las siguientes frases: "Ha conocido el Perú la necesidad que tiene de nuestros bravos guerreros; este solo conocimiento va a ponerlo en posesión de sus vastos y ricos territorios ocupados por el enemigo. El pueblo de Guayaquil numerará entre los días más célebres de su año cívico, los del 17 y 18 de Marzo, en que ha tenido el placer de secundar los gloriosos esfuerzos de la República en obsequio de la causa general de América, particularmente del Perú. Guayaquil se lisonjea de ver dentro de poco trasportarse los restos del Ejército del sur de Colombia con el objeto de coadyuvar a la libertad e independencia de los Incas".

No va Colombia a la guerra por ambiciones propias sino por mandatos del ideal que expresan esas frases y el General Portocarrero da a Bolívar las más amplias explicaciones por las injustificadas desconfianzas que sus grandes éxitos despertaron en amilanados corazones peruanos.

"Plenamente autorizado por mi Gobierno, escribe en su nota del 18 de Marzo, para tratar con V. E. definitivamente, con arreglo a las instrucciones recibidas, sobre los auxilios de que tan ejecutivamente necesita la República del Perú, no me ha quedado más que desear, ni cosa alguna que proponer en esta parte, después de haber visto a mi llegada que estaba ya próxima a zarpar la primera División auxiliadora compuesta de 3,000 hombres y preparándose rápidamente la segunda de igual número; todo lo que V. E. por sí, y sin insinuación alguna de la Junta que gobernaba en Lima, tenía dispuesto a costa de indecibles sacrificios."

"Muy lejos, señor, del pensamiento de mi gobierno y del de los patriotas peruanos el de contemplar a V. E. con pretensiones las más leves sobre el territorio del Perú. Semejantes especies ¿quién ignora que el origen que han tenido es el de una pequeña facción de hombres nulos e insignificantes bajo todos aspectos? Pero ya está sofocada, acabada y exterminada con el nuevo orden de cosas." (Doc. 2158. B. y A. Tomo VIII.)

Llevar las armas colombianas y dar estas explicaciones no era toda la misión de Portocarrero; más alto era su cometido, la invitación del propio Bolívar a nombre del Gobierno del Perú para dirigir la campaña. Se refiere a la obra ya realizada y agrega: "Estos hechos propios solamente del alma grande y generosa del Libertador de Colombia, satisfacen los deseos de mi misión, y serán tan gratos al Presidente de la República como satisfactorios a los libres de su capital; mas no por lo expuesto he cumplido con mi legación ni me lisonjeo de haber hecho lo que debo; otra cosa de mayor interés necesito exigir de V. E. y es su voluntad para pasar al Perú a dirigir la campaña que se ha de abrir a su debido tiempo. La República de Colombia no ha sufrido contratiempos porque la ha mandado V. E., manteniéndola quieta, tranquila y libre, ejemplarizando a toda América. ¿Cómo no he de exigir con la más viva expresión por la presencia de V. E. en nuestra República? Sea V. E. el juez imparcial que decida sobre la pretensión del Gobierno y del pueblo del Perú, en vista de tan poderosas razones, que han estimulado el particular encargo de que importune a V. E. por esta singular gracia y quiera V. E. darme el día más grande de placer haciéndome el instrumento que lleve a la Capital de Lima, con más ligereza que el rayo, la noticia de que muy luego verán a V. E. los peruanos como lo desean, lo quieren y lo piden y yo lo espero de la grandeza y bondad de V. E."

La respuesta que diera el Libertador es la misma que recibió San Martín: es un funcionario de Colombia, sus facultades le permiten atender la seguridad nacional más allá de sus fronteras y por eso puede enviar el contingente de 6,000 hombres que estipula el convenio Paz del Castillo-Portocarrero cuyo cumplimiento hará que sus valientes, que fueron los primeros en empuñar las armas de la libertad americana, serán también los que aseguren la final y definitiva victoria. Así lo dice en su respuesta al Ministro peruano, pero agrega: "En cuanto a mí, estoy dispuesto a marchar con mis queridos compañeros a los confines de la tierra que sea oprimida por tiranos y el Perú será el primero cuando necesite mis servicios. Si el Congreso Nacional de Colombia no se opone a mi au-

“ sencia, yo tendré la honra de ser soldado del gran ejército
“ americano reunido en el suelo de los Incas y enviado allí
“ por toda la América meridional.”

Sus armas hacen, por fin la tan anhelada conexión continental y está Bolívar dispuesto a dirigirla para obtener la más perfecta unión de los pueblos libertados, a ejemplo de Colombia como recordaba el enviado peruano y, para mejor cumplimiento de los pactos que ligaban a su patria con Chile y el Perú y los que podrán conectarla con las Provincias del Río de la Plata si allí tenía éxito su Enviado plenipotenciario Don Joaquín Mosquera.

El irá cuando se lo permita la ley de Colombia, cuando desaparezcan las intranquilidades locales de su territorio, cuando toda su división esté en marcha y dispuesto lo necesario para organizar las reservas que impone la prudencia: entretanto esto se realiza, el ejército expedicionario para conservar su disciplina y asegurar su eficacia, para evitar dificultades de todo orden con un gobierno extranjero, necesita un lazo sólido y flexible entre sus actividades que deben ser puramente militares y las directivas que pueda imprimirse el Gobierno del Perú; es preciso un representante colombiano de gran eficacia, delegado de todas las influencias del Libertador para reunir en un solo haz de acción todas las fuerzas sociales, militares y políticas con el solo objetivo de subyugar definitivamente al enemigo.

Ya antes transcribimos una carta en que Bolívar dice a Sucre: Ud. y yo deberemos hacer grandes sacrificios; será, pues, el vencedor de Pichincha, ya familiarizado con las características peruanas, quien reciba del Libertador esta misión preparatoria de la gran acción común.

Pocas semanas han pasado y ya el 12 de Abril despliegan velas los trasportes **Perla**, **Rosa**, **Dolores** y **Mirla** que llevan al Callao a los valientes del Rifles de **Bomboná**; sobre sus anclas se mecen en la rada la **Guayaquileña** que espera al gran representante del Libertador, al General Antonio José de Sucre, cuya presentación ante el Gobierno de Riva Agüero dice: “ Ya hemos dirigido 4,250 hombres, debiendo salir en esta
“ semana 600 más que vienen de Panamá y del Chocó. Des-
“ pués seguirá el batallón **Bogotá** con 1,000 plazas y un re-

“gimiento de caballería hasta completar los 6,000 hombres ofrecidos. Pero no tenemos aún noticia alguna de que vengan los trasportes.

“He pensado mucho y cada día pienso más sobre la suerte del Perú; en consecuencia me he determinado, después de una meditación muy atenta, a comunicar a Vd. mis ideas sobre el medio de salvar ese país de sus tiranos. El General Sucre va dirigido cerca de ese Gobierno para exponerle los arbitrios y medidas que en mi opinión son saludables.

“Lleva un carácter diplomático, para darle mayor peso e importancia a su misión. Auguro a Vd. que este General servirá infinito al Perú, si Vd. quiere tener la bondad de emplear sus luces, su actividad, su celo y aun su valor. Confieso con franqueza que no ha dado Venezuela un oficial de más bellas disposiciones, ni de un mérito más completo.

“He confiado a él la dirección de nuestro Ejército en el Perú y además una comisión diplomática para terminar de una vez los negocios de límites y la devolución de las Provincias de Colombia que tiene el Perú. El General Sucre lleva el encargo de representar los intereses de Colombia en esa Capital y de combinar el plan de campaña y operaciones militares para ordenar en consecuencia al General Valdés lo que debe hacer.

“El General Sucre presentará a Vd. el cuadro de mis ideas con relación a la guerra y a negociaciones pacíficas con el enemigo. Si estos no son locos, o eminentemente heroicos, deben tratar con nosotros en el estado actual de Europa y de América.

“Tanto en la dirección de la guerra, como en la ejecución de las medidas conciliatorias con los españoles, puede servir el General Sucre a ese Gobierno, servicios que en épocas muy difíciles yo he apreciado mucho.

“Por último le diré a Vd. que la instrucción que le he dado en todas ocasiones ha sido la más sencilla: autorizándole para que obrase según su conciencia y buen juicio. Es hombre que puede merecer carta blanca y ahora la lleva pa-

“ ra el buen éxito de su misión”. (Archivo Santander. IX 323.)

El Ministro de Relaciones Exteriores del Perú recibe oficialmente el aviso del envío del General Sucre con el carácter y la misión especial que se consigna en esta carta del Libertador a Riva Agüero. (Doc. 930. XX. O'Leary). Para que no subsista duda alguna, Bolívar informa directamente al Comandante en Jefe General Manuel Valdés, diciéndole el 14 de Abril desde Guayaquil: “Mañana marcha para Lima el General Sucre en calidad de enviado cerca del Gobierno del Perú, con diferentes objetos políticos y militares. Son tantos los negocios pendientes y tantas las combinaciones que tenemos que hacer para el éxito de la guerra que me he creído obligado a acreditar plenamente al General Sucre ante ese Gobierno. En calidad de Enviado de Colombia, combinaré las operaciones militares con el Gobierno, y a consecuencia de lo que convenga, Vd. ejecutará con las tropas de Colombia lo que el Gobierno del Perú resuelva de acuerdo con el General Sucre. Quiero decir que el General Sucre será el órgano de las determinaciones del Gobierno del Perú puesto de acuerdo con él, con respecto a nuestro Ejército, haciendo las veces con Vd. de Ministro de Guerra, como se usa en todas partes en casos semejantes con respecto a los Embajadores de las Potencias Aliadas que tienen en sus territorios ejércitos auxiliares. Esto no es darle al General Sucre dominio alguno sobre las operaciones militares del Perú, pero sí el derecho de intervenir en las operaciones de nuestro Ejército. Así que Vd. ejecutará lo que él le comunique ya resuelto por el Gobierno y Vd. le dará sus partes a él y se entenderá en todas sus relaciones como Ministro de quien depende, entendiéndose al mismo tiempo con mi secretario general, Vd. procure todos los avisos y operaciones al General Sucre para que con arreglo a ellos conforme sus determinaciones con el Gobierno”.

Con toda precisión y franqueza constituye el Libertador una verdadera autoridad fuertemente apoyada, la de su enviado el General Sucre que será el conductor de la guerra y que, como tal, deberá tener con los poderes nacionales las serenas deliberaciones que conduzcan a la mejor destinación de las ar-

mas para que de ellas resulten conjuntamente las tranquilidades de la opinión y las definitivas victorias sobre el español. Las vacilaciones de la conciencia peruana imponen este régimen y llegará un momento en que será preciso aun mayor unidad y estas directivas que dicta el Libertador revelan una clara previsión de los acontecimientos que han de producirse en las desorientaciones de las fuerzas sociales y políticas de una nación mal guiada en los primeros días de su independencia. Un jefe se impone, él envía a Sucre; en el rápido correr de los acontecimientos la opinión misma clamará por más vigores y la invitación que le acaba de hacer Portocarrero se traducirá en un clamoroso llamado del Perú.

El Libertador lo presiente y termina la carta que Sucre lleva a Riva Agüero, diciéndole: "Vd. me convida para que
" vaya a dar un paseo a Lima. No estoy muy distante de ir
" a tener la satisfacción de conocer a Vd. y de tributarle los su-
" fragios de mi admiración; mas, estoy pendiente de la reso-
" lución del Congreso, pues aunque me creo autorizado para
" salir del territorio de la República, no hay una urgencia que
" me exija un paso tan aventurado. Tengo, además, la apren-
" sión íntima de que mi marcha a Lima puede ser mirada por
" mis enemigos con muy mal ojo. Hubo un Bonaparte y nues-
" tra América ha tenido sus tres Césares; estos perniciosos
" ejemplos perjudican a mi opinión actual, pues nadie me per-
" suade que habiendo seguido la carrera militar como aquellos,
" no me halle animado de su odiosa ambición. Ya mis tres co-
" legas, San Martín, O'Higgins e Iturbide han probado su mala
" suerte por no haber amado la libertad y por lo mismo, no
" quiero que una leve sospecha me haga perder como a ellos.
" El deseo de terminar la guerra de América me impele hacia
" el Perú y me rechaza al mismo tiempo el amor a mi reputa-
" ción; de suerte que fluctúo y no decido nada; los dos moti-
" vos opuestos me combaten con igual fuerza. Sin embargo,
" me inclino a pensar que si es indispensable el amor a la pa-
" tria, vencerá, como ha dicho un antiguo".

Y en esta expectativa continúa el despacho de sus tropas; después de la partida de Sucre, el 15 de Abril se congregan los soldados del **Bogotá** y los jinetes de **Húsares** y se hacen a la vela en los trasportes **Armonía** y **Brown** convoyados por la

Balcárcel y el Chimborazo, en los días 12 y 14 de Mayo de 1823. Queda completa la expedición libertadora colombiana y ya desde el día 8 la espera Sucre en el Callao. Los Generales de Colombia inician las nuevas jornadas de la libertad que tendrán glorioso término en las serranías andinas, a donde empujarán al realista, culminando los proyectos que el Libertador trazó desde que desembarcó en la hermosa rada venezolana de Ocumare para emprender la conquista de los ardientes bosques del Orinoco, donde se reunirían los libertadores del Continente y, al abrigo de sus espadas, los repúblicos que labrarán las bases del edificio social.

Potente es su brazo, penetradora su mirada, generoso su corazón y llena de luz su mente. A medida que se acerca, los pueblos le comprenden y esas cualidades, realmente dominadoras, son apreciadas con exactitud. Domina para el bien de todos y nada quiere para sí, como no fuera el puesto de mayor esfuerzo. Nada ambiciona para Colombia, que no sea su derecho y todos pueden tener confianza en el hombre que no se rinde culto a sí mismo, bajeza propia de los mediocres elevados por la intriga o por un golpe de fortuna, sino que llama a todos a la devoción a los principios de dignidad humana ordenada por la libertad y por la justicia e impulsada, en forma progresiva, por los vigos del solidarismo interno de las democracias y externo de las cooperaciones internacionales, eficaz doctrina de la que es Bolívar un apóstol en América y también un realizador por su influencia en las leyes del equilibrio interno y en los pactos de la concordancia entre los miembros de la familia de las naciones americanas.

* * *

La derrota de Alvarado fué el eco póstumo del Gobierno Protectoral tan alejado de esas máximas del Libertador; la anarquía de las Provincias del Río de la Plata en los años cercanos era también la consecuencia de imponer a los pueblos gobiernos que no anhelaban. Idénticas causas y todas del mismo origen perturbarán también el tranquilo desarrollo de la República de Chile que ha hecho el esfuerzo enorme de hacerse señora del Pacífico para llevar la libertad a los pueblos del Perú.

En capítulos anteriores de estos estudios, hemos visto todo el sacrificio chileno para equipar y mantener la expedición libertadora del Perú; también hemos recordado las malas directivas de la campaña militar por el General San Martín, lo que permitió la escapada de los derrotados de Chacabuco y de Maipú a las filas del Virrey en el Perú, a abrigarse en las fortalezas del Sur Continental y en la isla de Chiloé, a sembrar el país de bandas de merodeadores y a constituir un temible sistema de guerrillas al sur del Bío-Bío en los legendarios campos de la frontera de Arauco. La guerra con España la continuaba Chile en su territorio y con sus elementos y sus soldados la había llevado el General San Martín en el Perú con los desafortunados métodos, cuyos tristes resultados conocemos.

La guerra se hace con hombres y recursos; la República del Sur era de escasa población y sus varones útiles se alistaban bajo las banderas de la patria, quedando las faenas de la producción y del comercio en los abandonos que precipitan a los países por la escala descendente de la escasez, de la pobreza y de la miseria. Todo esto se olvidaba en las inspiraciones del amor a la libertad y el país daba cuanto tenía desde 1817 a 1820 en su carrera de glorias; desde Chacabuco hasta la partida de la expedición libertadora en 1820. Empero estos 4 años de sacrificios debían continuar para atender la guerra del Sur y a los servicios del Perú; las contribuciones se hacían más fuertes y se cobraban con durezas y, a pesar de esto, los elementos vitales de la administración y de la guerra no recibían con oportunidad ni exactitud las remuneraciones de sus afanes.

El estímulo de la gloria desaparecía, pues el régimen del Protector San Martín anulaba la importancia de las tropas y de los jefes chilenos, confiando a los íntimos de su círculo argentino las direcciones en que los hijos de Chile les daban prestigios y laureles. Estas quejas las sintetiza en estos días un enviado de Chile al Perú, Don Joaquín Campino; precisa que la situación del ejército chileno es de humillaciones y que el gobierno peruano era el dominio de una sociedad mercantil argentina, la que fué empresaria del transporte del Ejército Libertador, cuyos grandes ascendientes bajo el sistema protectoral se prolongaban aún en la política peruana.

En Chile mismo predominaban influencias de argentinos y de los miembros de la logia lautarina que estrechaban el círculo de las relaciones del Director Supremo Don Bernardo O'Higgins. En estos aislamientos, el glorioso soldado llegó a confiar la gestión de los negocios públicos a su Ministro Don José Antonio Rodríguez, cuyos duros procedimientos no tenían ante el país las excusas que podrían encontrar las energías necesarias del héroe de Rancagua y Chacabuco. Un viajero inglés, Mathison, que por estos tiempos visitaba a Chile, deja definida la situación de este país, en sus relatos, diciendo: " El gobierno consiste en un Director, cinco senadores y tres ministros. El poder del Director Supremo, como General del Ejército y como primer magistrado de esta república nominal, es en realidad indefinido y en consecuencia absoluto. Esta distribución administrativa aparece impopular entre las clases pensantes de la sociedad; a pesar de los grandes elogios que se le hacen en la gaceta de Gobierno, no es cosa fácil descubrir las benéficas inspiraciones de los principios liberales bajo los cuales se declara proceder".

A pesar de esto, el país se desenvolvía en este régimen provisorio de la constitución política del año 1818 y O'Higgins deseaba dar mayores amplitudes a la democracia; estos sus anhelos los comunicó a Bolívar quien lo felicitaba calorosamente, escribiéndole desde Guayaquil en Agosto de 1822: "Ninguna oportunidad ha sido tan favorable a mi razón como esta en que V. E., sellando la gloria de su carrera política, ha devuelto al pueblo el ejercicio completo de sus facultades. La convocación que V. E. ha hecho a los ciudadanos de Chile es la más liberal y más propia de un pueblo que aspira el máximo de la libertad.

"El pueblo chileno es bueno, patriota y valeroso y por estos nobles títulos tiene derecho a las más justas aspiraciones del bienestar y de la gloria nacional. Este pueblo va a entrar el último por la vía constitucional y esta fortuna en ser el último, le ofrece la inmensa ventaja de ver con anticipación los escollos que debe evitar y los ejemplos que debe seguir. La historia de los infortunios y errores de América es elocuente para los que saben leerla; V. E. probablemente presentará al pueblo chileno un resumen de

“ nuestras vicisitudes, a fin de que no caiga en los mismos precipicios a donde han ido a estrellarse otros ensayos legislativos. Chile hará muy bien si constituye un gobierno fuerte por su estructura y liberal por sus principios. Permítame V. E. que no indique más mis ideas sobre este particular, cuando de un modo solemne las he manifestado al Congreso de Venezuela y entiendo que son conocidas en esa Capital”.

Desgraciadamente el patriotismo de O'Higgins, que se revela en esta respuesta de Bolívar a su anuncio de convocar a los pueblos para una gran Convención Nacional, no fué interpretado correctamente por el Ministro José Antonio Rodríguez y la invitación popular se hizo con violación de la Carta de 1818, prescindiendo del Senado, y se verificó con decisiva intervención de la autoridad ejecutiva. Se llegó a proclamar un nuevo estatuto anti-democrático y protestaron las provincias de Concepción y de Coquimbo, uniéndose a ella la opinión pública en la de Santiago. El Ministro Rodríguez debió resignar su cargo, la protesta se hizo armada y el General O'Higgins, que manifestó tener imperio sobre su ejército, dió prueba de la nobleza de alma que con justicia le atribuyó Bolívar renunciando el 28 de Enero de 1823, ante una asamblea popular, con mayor honra que la que tuviera un militar de menores virtudes que se adueñara del gobierno por la fuerza de sus armas. “Si no me ha sido dado, dijo al despojarse de las insignias de mando, dejar consolidadas las nuevas instituciones de la República, tengo al menos la satisfacción de dejarla libre e independiente, respetada en el exterior y cubierta por sus armas victoriosas. Doy gracias al cielo por los favores que ha dispensado a mi gobierno y le pido que proteja a los que han de sucederme. Ahora soy un simple ciudadano. En el curso de mi gobierno que he ejercido con una grande autoridad, he podido cometer faltas, pero creedme que ellas han sido el resultado de las difíciles circunstancias en que me tocó gobernar y no el desahogo de malas pasiones; si esas faltas han causado desgracias que no pueden purgarse más que con mi sangre, tomad de mí la venganza que queráis. Aquí está mi pecho”. Y abría violentamente los botones de su guerrera; el público

exclamaba: **Nada tenemos contra vos** y él respondía en las serenidades de aquella realidad: "Mi presencia ya no es necesaria aquí". Modesto y grande tomaba el camino del silencio y del olvido, que es el inmediato premio de los servidores de las colectividades hasta que la majestad de la historia no les cubre con la corona de la justicia.

Una Junta de Gobierno le sucedió y luego las asambleas de las Provincias citaron al pueblo para elegir un Congreso Constituyente y nombraban Director Supremo a Don Ramón Freire, en calidad de interino, misión que habrá de confirmarle el Parlamento.

En estas circunstancias llega a Chile la noticia del desastre de Alvarado en Moquegua y la opinión pública aprecia en todo su valor las consecuencias de esta derrota. La Junta de Gobierno, fuertemente apoyada por la opinión, reconstituye el gran programa internacional de 1813, en el cual nos hemos ocupado en capítulos anteriores de esta historia, o sea, el ataque contra el Virrey del Perú por el frente Norte argentino y por la costa del Pacífico, el mismo que se encomendara a San Martín; esta estructura estratégica no fué respetada por el Gobierno del Protector que hizo de su posesión de Lima un centro de propagandas políticas y no un gran punto de apoyo de una enérgica campaña de penetraciones militares; tampoco fué contemplada por el Gobierno de Buenos Aires cuya frontera del Alto Perú fué una línea meramente defensiva, según los conceptos de San Martín en 1813, error que procuró remediar haciendo de ella una faja de penetración, después del desastre de Tristán en Ica. Hay delineamientos estratégicos que se imponen y tal es la concepción chilena de la función militar del Alto Perú, como factor necesario del triunfo de la guerra americana, según nos lo enseñarán las próximas guerras de Bolívar.

La Junta chilena envía emisarios a las provincias argentinas y al General San Martín, retirado entonces en Mendoza, para que impulsen esa ofensiva, mientras ella prepara una nueva expedición que pide el Perú, por intermedio de su recién llegado Ministro don José de Larrea y Loredó. Los argentinos perdurarán en su propia política y la gesta emancipadora quedará, como hasta el momento, a cargo de las naciones del

Pacífico en cuyas aguas se unirán las fuerzas de Colombia y de Chile con arreglo a los programas de Bolívar, aceptados por O'Higgins desde 1821. La Junta chilena envió un representante, luego confirmado en sus poderes por el nuevo Director Mariscal Don Ramón Freire, ante el gobierno del Perú y el Libertador; el elegido fué Don Joaquín Campino con la misión de organizar la armonización de los esfuerzos militares y económicos para la nueva campaña.

A pesar de las rápidas conmociones internas, la solidez chilena era bien apreciada en el exterior y se había negociado y obtenido un empréstito de un millón de libras esterlinas, cuya cotización era de cinco pesos fuertes por libra, y había como hacer frente al programa de unión que imponían los sucesos militares del Perú y aun los temores de venida de algunas naves de guerra españolas.

Campino y Larrea se cruzaban en su viaje y en los primeros días de Abril estaban en las capitales de sus destinos. Bolívar estaba en Guayaquil, activando el despacho de las fuerzas que debía mandar el General Sucre, y allí recibió la comunicación, el 30 de Abril, en que Campino le anuncia su misión para concordar con él y con el Gobierno peruano, los medios de terminar la guerra con los españoles.

"Colombia y Chile, dícele, parecen los destinados por su actual situación, igualmente que por su interés, a continuar esta gran obra. Nada deseo tanto como acercarme al Genio de América para conocer sus miras y planes sobre este objeto y poder regresar inmediatamente a instruir a mi Gobierno, cuyo anhelo es proceder en la más perfecta armonía y acuerdo con V. E." (Doc. 2178. B. y A. VIII).

El Libertador se ha apresurado a establecer la unidad de acción de las fuerzas colombianas, de las que pide a Chile y de las que eventualmente puede destacar la República Argentina, estableciendo el superior comando del General Sucre y contesta sin tardar al enviado chileno: "Chile y Colombia deben reunir sus fuerzas para completar la libertad del Nuevo Mundo; y S. E., el Libertador, siente una verdadera satisfacción al ver el desprendimiento con que Chile se apresura a prodigar nuevos sacrificios por la sagrada causa de la humanidad en el Perú.

“El Libertador habría tenido suma complacencia en recibir a V. S. con las atenciones debidas a su alto carácter; y no se consuela de este retardo, sino con esperanza de lograr esta satisfacción en esa Capital, siempre que el Congreso de Colombia le permita salir del territorio de la República para ir a emplear su espada en el Perú.

“El General Sucre, Enviado Extraordinario cerca del Gobierno del Perú está autorizado por S. E. para entrar en comunicaciones con los Gobiernos de Chile y Buenos Aires, con respecto a la guerra del Perú. Este General debe haber llegado a Lima y sin duda se habrá puesto en relación con V. S. No me es posible dejar de encarecer a V. S. como Ministro diplomático de Chile, cuanto es el anhelo del Libertador por los pronto y poderosos auxilios de Chile al Perú. Un esfuerzo grande y simultáneo puede terminar la guerra en un campo de batalla; sacrificios lentos y parciales no harán más que prolongar la tortura del Nuevo Mundo”.

Entre tanto, el Gobierno de Santiago y el plenipotenciario peruano Larrea y Loredo discutían los términos de un convenio de auxilio al Perú hasta terminarlo dentro de las tres semanas siguientes a la llegada del plenipotenciario. Se comprometía Chile a enviar al Perú una fuerza organizada de 2,500 a 3,000 hombres y ponía a disposición de la nación amiga la quinta parte del empréstito contratado en Londres o sea la suma de un millón de pesos que el Señor Larrea podría girar desde luego para el arreglo de las naves de transporte, acopio de víveres y otras necesidades hasta para 5 meses y atender algunos pedidos del Gobierno de Lima. La expedición estaba casi lista para partir, habiéndose fijado su zarpe para el mes de Julio, cuando sobrevino un extraordinario temporal en Valparaíso que causó grandes averías en la flota, ocasionando mayores gastos y los consecuentes retardos en la partida.

El Director Freire y su Ministro Egaña, en eficaz colaboración con el Congreso recién elegido se dedicaron con el máximo interés al equipo de esta expedición y a combinar su programa de acción en la guerra, manifestándose el Mariscal Freire dispuesto a conducirla él mismo a los combates del Perú, si fuera necesario, según consta de la misión reservada que se confió a don Miguel Zañartu ante el Gobierno de Lima.

El jefe del Gobierno de Chile, en sus cambios de ideas con su representante en el Perú y aun con el General Andrés Santa Cruz, se proponía elevar sus fuerzas hasta 4,000 hombres y provocar una reunión con las tropas que obraban al sur del Perú en un punto seguro de asamblea, como sería el puerto de Coquimbo, a donde también vendrían para reorganizarse los batallones chilenos que estaban bajo el comando de Don Francisco Antonio Pinto. Pensaba de este modo reunir un ejército de toda eficacia que atacara por su extremo meridional las formaciones realistas, mientras las huestes colombianas obraban por el Norte. El tratarse estos grandes programas y el discutirlos no disminuía los impulsos para preparar la expedición, ni la generosidad para aumentar hasta un millón y medio de pesos los recursos que necesitaba el Ministro Larrea y Loredó.

La unión de Colombia y de Chile, cuyos tratados analizaba el Congreso de Santiago recomendando algunas modificaciones, era a pesar de todo la realidad que demuestra esta acción; sólo dependerán de igual espíritu en la nación peruana las mayores eficacias de esta conexión de fuerzas. Esta podrá tener tropiezos por emergencias irremediables, como el vendabal de Valparaíso que recordamos, o por intervenciones perturbadoras como las que denunciaba el Ministro Larrea y Loredó al anunciar a su gobierno el adelanto de la expedición: "Se me han suscitado aquí, un millón de enemigos. Los " venidos de allí, los peruanos que quieren tocar a rebato del " dinero del empréstito; como yo lo defiendo y hago los ahorrros que debo, no me llevan en paciencia y me suscitan mil " especies". (Paz Soldán. II. 210).

Estas expresiones coinciden con las que antes hemos recordado del Ministro chileno en Lima, Don Joaquín Campino, al juzgar la situación general en el Perú, miserias de los hombres, que los que son superiores deben dominar; la conexión colombiano-chilena podrá fallar por vicisitudes peruanas y el Libertador refuerza la situación acogiéndose al propio programa chileno de 1813 cuando hace escribir al Ministro de Relaciones Exteriores de Buenos Aires, por su Secretario General Gabriel Pérez, lo siguiente: "Desde que S. E., el Libertador " de Colombia supo el desgraciado suceso de las armas pe-

“ruanas en Moquegua, tomó en esta parte del sur de Colombia el mayor interés en preparar un auxilio poderoso para dirigirlo en servicio del Perú. En efecto, han ido ya 4,500 hombres y antes de doce días marcharán los 1,500 restantes para completar 6,000 que ha ofrecido S. E., a aquel Estado”.

“A pesar de este esfuerzo de Colombia y de 3,000 hombres que ha ofrecido Chile, puede suceder que el enemigo, obrando con una gran rapidez, se apodere de la capital de Lima antes que las tropas auxiliares hayan llegado en número capaz de hacerle frente y se hayan repuesto de la fatiga de una penosa remontada. En este caso se dificultarán mucho los recursos del Perú y las operaciones no podrán hacerse con la facilidad y medios que siendo dueños de aquella.

“Una División de argentinos destinada a obrar por el Alto Perú obtendría con probabilidad buenos sucesos y podría conseguirlos con tanto más facilidad cuanto que la masa fuerte de los reclutas está a una gran distancia de aquellas Provincias y tiene que resistir, observar y atender a un Ejército fuerte que está a su vista y que aprovechará todas las ventajas para destruirla, sobre todo si se mueve hacia la Sierra.

“Aun antes que ocurriese el suceso de Moquegua, S. E. el Libertador de Colombia se había adelantado a estimular a ese Gobierno y al de Chile a que prestasen una cooperación simultánea de esfuerzos para destruir el único ejército Real que existe en la América meridional y que amenaza con sus triunfos la existencia de todos los gobiernos independientes. Los que últimamente han logrado los realistas deben alarmar más a los interesados para no omitir medio para hacer esfuerzos para aniquilarlos.

“El movimiento que S. E. ha indicado a ese Gobierno de una División hacia el Alto Perú, a la vez libertaría las dependencias de ese Estado situadas en aquel territorio y desconcertaría sin duda al enemigo, viéndose atacado por su espalda y en disposición de perder una de las fuentes de sus recursos. S. E. me manda encargue a ese Gobierno la importancia de esta operación, de tanto interés para la América del Sur”. (Doc. 943. O'Leary. XX).

Estimula a los aliados al cumplimiento de sus obligaciones y él obtendrá de Colombia que llene las que voluntariamente se impone en beneficio común. Las bandas de guerrilleros venezolanos de Maturín, Caicara y Cabrutica recibieron de labios de Bolívar la fervorosa palabra que les hizo formar la patria venezolana, ellos llamaron a su hogar a quienes mantenían el fuego sagrado ante el altar de la patria granadina en las soledades de Casanare y juntos hicieron a Colombia; bajo su dirección vinieron todos ellos a redimir la patria de Espejo, de Quiroga y de Salinas y fué la gran Colombia que aun seguirá su marcha de victorias hacia el Sur. Ha trazado Bolívar en los campos venezolanos aquella inmensa batalla de maniobras que paseó sus armas sobre una república de 3 millones de kilómetros cuadrados de extensión, en las admirables convergencias de su guerra de Carabobo; es muy inferior el área que deben amagar en el Alto Perú los Generales de Buenos Aires mientras él sigue su marcha de victorias a la Sierra.

En su secretaría están los datos de su marcha con la inmensa trayectoria, desde Guayana a las fronteras del Perú. Menos de la quinta parte deberá correr aún la hueste colombiana para abrirse una estela de victorias desde Lima a Potosí y sólo se pide a los argentinos el pequeño esfuerzo de unas pocas leguas, por caminos que ya conocieron los primeros soldados de su revolución, para contener en sus reductos del Alto Perú a las fuerzas del Virrey y para impedirle que haga de esas comarcas la fuente de sus recursos de guerra.

No es una combinación sobre humana, es como decíamos camino ya conocido, y sólo se requiere la unidad de manobra para abreviar las amarguras de esta lucha de titanes de Colombia y de Chile. La lucha no puede terminarse de otro modo y el término de la contienda continental será la realización de este esfuerzo convergente, sin otra variación que el mayor impulso a cargo de Colombia, que da a Bolívar y a su Nación la gloria de asegurar la independencia americana por el metódico progreso de las huestes y de la organización del Libertador a través de todo el Continente.

El Gobierno de Buenos Aires desestimaré ogaño como antaño este programa y la región limítrofe del Alto-Perú continuará suministrando recursos al Virrey del Cuzco; otros

son los medios de sus gobernantes, los de sus movimientos diplomáticos en Europa y los de una hegemonía americana que no le corresponde por su situación y mucho menos por sus sacrificios en favor de la causa común.

En estos meses primeros de 1823, los constitucionalistas españoles anhelan buscar recursos en las antiguas colonias de Ultramar y aparentan simpatías con el movimiento separatista, a fin de afianzar en las riquezas de América la resistencia contra el absolutismo español que apoya la Santa Alianza. Estas iniciativas encontrarán aceptación en Buenos Aires y los extraños preliminares de paz que acogerá don Bernardino Rivadavia a nombre de las Provincias del Plata, van a perturbar las intensidades de la concordancia militar que prepara Bolívar y que con tanto entusiasmo aceptan los Poderes Públicos de Chile.

Dos comisionados españoles, Don Luis Antonio Pereira y Don Luis de la Robla, se presentaron a Buenos Aires con simples cartas de recomendación, sin ninguna formalidad de credenciales y mucho menos de plenos poderes y, sin embargo, Rivadavia firmó con ellos el extraño pacto de cesación de hostilidades que vamos a analizar y, lo que es más grave, obtuvo de su Congreso dos leyes que acordaban el retiro de las fuerzas que obraban en el Perú y un auxilio de veinte millones de pesos a España para defenderse de la invasión francesa. Las Provincias del Río de la Plata rompían con estos arreglos la solidaridad continental y fuerza será a Bolívar imponerla con el filo de su espada.

El artículo primero del Convenio estipulaba que, a los sesenta días de ratificado, cesarían las hostilidades por mar y tierra con la nación española, agregando el artículo 7.^o que la suspensión de hostilidades duraría 18 meses.

Los demás artículos son relativos al restablecimiento del comercio entre España y sus antiguas colonias que se mantendrán hasta 4 meses después de terminado el armisticio.

De especial importancia son las estipulaciones 8.^a y 11.^a que trascribimos textualmente, pues temeríamos de no ser creídos al exhibir esta monstruosa tentativa de predominio de las Provincias argentinas sobre las Repúblicas del Continente que estaban labrando con su esfuerzo el régimen de libertad.

“Dentro del término de 18 meses, dice el artículo 8.º,
“ negociará por medio de plenipotenciarios de las Provincias
“ Unidas la celebración del Tratado definitivo de paz y
“ amistad entre S. M. C. y los Estados del Continente ame-
“ ricano.

“Luego que el Gobierno de Buenos Aires, continúa el
“ artículo 11, sea autorizado por la Sala de representantes
“ de su Estado para ratificar esta Convención, negociará con
“ los Gobiernos de Chile, del Perú y demás de las Provin-
“ cias Unidas del Río de la Plata, la adhesión a ella y los co-
“ misionados de S. M. C. tomarán, al mismo tiempo, todas
“ las disposiciones conducentes a que por parte de las autori-
“ dades de S. M. C. obtenga el más pronto y cumplido
“ efecto”.

Rivadavia envió a Chile al señor Félix Alzaga a buscar la adhesión a este desatentado convenio y al General Las Heras a buscar el acuerdo con el Virrey del Cuzco. Las entrevistas de este General tuvieron lugar en Salta, con el General Espartero, que tanto renombre alcanzara después en España, y no tuvieron otro resultado que el pleno desconocimiento de lo obrado por Don Antonio Luis Pereira y Don Luis de la Robla. El Virrey La Serna no acepta otras resoluciones que las emanadas directamente de los ministros de Fernando VII.

Alzaga encontró también en Chile el más franco repudio; el Congreso estudió detenidamente el asunto; el Ministro de Colombia Larrea y Loredo fué solicitado para dar opinión y ésta fué decididamente contraria y al armisticio que no era sino favorecer las armas realistas y a los plenos poderes que pretendía el Ministro Rivadavia.

La sencilla y terminante respuesta del Gobierno de Chile fué que no se haría nada, en conformidad a los pactos vigentes o en curso de tramitación, para terminar la guerra sino de acuerdo con el Presidente de Colombia.

El frente único de Chile y de Colombia quedaba así establecido y sólo queda de este convenio la influencia anárquica que su conocimiento provocará en la opinión peruana.

Bolívar ha interpretado como nadie los grandes anhelos de América y por eso se ha hecho, como consecuencial espontánea, el conductor de hombres de combate, el prudente consejero de quienes gobiernan y el foco de que emanan directivas diplomáticas para obtener una paz impuesta a la vez por la victoria y por los prestigios republicanos.

En su múltiple acción, debe atender a cuanto influye en el futuro americano, dentro y fuera de Colombia; le preocupa las actividades de sus enviados que buscan alianzas militares y que preparan los reconocimientos de estas naciones, como soberanas; está atento a la acción de las tropas de que dispondrá Sucre en el Perú y vigila la exterminación de los realistas en Colombia sin dejar de atender al desarrollo de las labores del Congreso de Bogotá.

Su mayor acción es la guerra Continental, sabe que debe estar al frente de ella y, mientras se llenan las autorizaciones legales, atiende a la tranquilidad de su territorio. No teme ningún trastorno, como lo comunica al Ministro Mosquera: " Puerto Cabello y Maracaibo no tardarán en caer y el resto de la República está en la más completa tranquilidad que las tropas victoriosas mantendrán, bastando para la paz del Sur con el veterano Vargas y los cuadros del Yaguachi".

Le hemos de ver en estas actividades antes de asumir la dirección de la gran guerra y, para guardar la unidad posible en esta multiplicidad de su faena, vamos a ocuparnos en los sucesos que despierta en el Perú la llegada de la División Colombiana que por estos días se completa bajo las órdenes inmediatas del General Manuel Valdés y el alto Comando de José Antonio Sucre, Ministro de Colombia ante el Gobierno de Lima.

El Presidente Riva Agüero había propuesto a los Gobiernos de Colombia y de Chile, el 9 de Marzo, un plan de campaña dentro de las líneas generales siguientes:

1.º La División de 4,000 colombianos se dirigirá a los puertos que moran a cerca de 300 millas al sur del Callao, en la caleta de Planchada comarcana de Camaná y Quilca.

2.º Estas tropas se apoderarán de la región vecina de Chuquibamba para hacer de ella su fuente de aprovisionamientos.

3.º Los auxilios de Chile, hasta 2,000 soldados, serán ubicados por un buque aviso en los puertos de Atacama a Arica, para destinarlos según lo que se sepa de las posiciones enemigas.

4.º El Perú enviará una División de 2,000 hombres que desembarcará en Pisco.

5.º Otra fuerza peruana de 4,000 combatientes operará por tierra sobre el territorio que el enemigo vaya abandonando.

6.º El General colombiano no emprenderá acción alguna, fuera de ocupar su zona de abastecimientos de Chuquibamba, sino obrando simultáneamente con los otros grupos.

7.º Una división argentina procedente de Salta operará al mismo tiempo, siendo su destino ocupar hasta Oruro si le era posible.

8.º El General en jefe tratará de mantener comunicaciones a fin de combinar el punto de reunión que fuera conveniente.

9.º La División colombiana, si lo estimaba posible, podía intentar desde su zona una incursión sobre Arequipa.

10. Las fuerzas de Chile debían mantenerse en la costa, por los alrededores de Arica, sabiendo que los colombianos estarían en su sector en Mayo, con indicaciones también para una acometida hacia Arequipa.

Basta la lectura de este programa de guerra para ver en él una simple copia de las desgraciadas maniobras de Alvarado; los grupos de Colombia y de Chile quedaban expuestos en sus respectivos valles a las mismas concentraciones del realista sobre su línea interior para caer sobre los invasores. Dejemos la crítica de este plan al propio Libertador cuyo secretario dice al Ministro de Guerra del Perú, con fecha 30 de Marzo: "El proyecto de marchar directamente de Guayaquil a puertos intermedios presenta dificultades insuperables: 1.º Porque no puede marchar unido desde aquí; 2.º Porque es muy aventurado el desembarco después de una larga navegación, en una costa desconocida sin punto determinado, cierto y seguro; 3.º Porque no se sabe donde está la División de Chile ni si ha marchado; 4.º Porque en esta incertidumbre no puede obrar nuestra División por

“ sí sola, en un país que no conoce y sin fuerza para obrar
“ activamente; 5.º Porque en el intervalo de reunión de la
“ División que va por mar a Pisco, la que debe venir de Chile y
“ las operaciones que debe emprender la que ataque de fren-
“ te marchando de Lima, se expondrán a mil azares todos
“ peligrosos y quizás funestos; 6.º Porque sería arrojar a
“ la casualidad y a eventos que no presentan sino conjetu-
“ ras todas tristes una División débil y extenuada por una
“ larga navegación; 7.º Porque no será fácil ponerse en co-
“ municación con las otras Divisiones nacionales o auxiliares
“ del Perú; y 8.º Porque los trasportes que han llegado no
“ pueden contener sino 2,000 hombres y los víveres y agua-
“ da son apenas bastante para la navegación hasta el Callao,
“ de modo que destinada la División derechamente de Gua-
“ yaquil a intermedios perecerá casi seguramente a manos
“ del enemigo o del hambre. Además, alejada así nuestra Di-
“ visión, y no teniendo su General un perfecto conocimien-
“ to ni del país, ni de las operaciones que van a practicarse
“ (pues, como V.S. indica, estas nacerán de los movimientos
“ que el enemigo ejecute), se le pondría en un conflicto que
“ no presenta sino desgracias. Estas razones obligan a S. E.
“ el Libertador a no poder obrar actualmente conforme a los
“ deseos de S. E. el Presidente del Perú y me manda presen-
“ tarlas a S. E. para que, sobre esta base, tome las medidas
“ que convengan a la actual situación de ese Estado.” (Doc.
920. O’Leary, XIX.).

Tras de este desacertado plan militar estaban las combinaciones políticas de Riva Agüero y de su grupo. Por entusiastas que fueran las adhesiones populares que lo pusieron a la cabeza de la Nación, el flamante Gran Mariscal del Perú temía la desafección del Congreso, violentado por sus tropas a las órdenes del General Santa Cruz, y era natural que viviera temeroso de la revancha. De aquí su combinación para conservar las tropas peruanas a su lado y poder dominar cualquier movimiento de sus enemigos y; al propio tiempo, halagar a la opinión pública con el destino de las fuerzas de Colombia y Chile a la más dura faena de ataque al adversario. Dos problemas contemplaba Riva Agüero: el mantenimiento de su poderío por las armas peruanas y la destrucción del realista con los soldados extranjeros.

El Libertador, atento sólo a la campaña continental, deshacía su programa y el Presidente del Perú se suscitaba un tercer problema, el de la amistad con Bolívar cuyos prestigios iban creciendo en la opinión de Lima, en vista de su noble actitud para salvar al Perú. En esta situación resuelve enviar una misión especial ante el Libertador, confirmando la petición que le hiciera su primer emisario Porto Carrero. "Será para mí, le escribe el 9 de Abril, uno de los momentos de mayor placer, y para todos los peruanos, aquel en que V.E. ponga sus pies en nuestro territorio. Convencido de que para vencer a un enemigo poderoso más vale el nombre de un gran guerrero que numerosos y esforzados ejércitos, estoy seguro que los obstinados españoles desde el instante que sepan que V.E. se dirige al Perú, perderán el orgullo que les han dado algunas victorias y tal vez implorarán de rodillas la compasión americana, ahorrando V.E. con sólo su venida multitud de víctimas en los campos de batalla. El vencedor de Boyacá y Carabobo, cuya fama llena el universo, no necesita sino presentarse para vencer." (Doc. 2170. B. y A. VIII).

Llevan esta misiva los Coroneles Marqués de Villafuerte y Francisco Mendoza quienes interpretarán la profunda reacción operada en el Perú cuya "alma grande, según la Gaceta de Lima que le exhiben, sólo igual a sí misma, ha tomado ya todas las providencias propias de su ingenio incomparable."

El Libertador recibe afectuosamente a los enviados de Riva Agüero y lamenta que injustificadas suspicacias menospreciaran la fuerza colombiana; ya la luz se hacía y la unión está consumada de hecho; pero para hacerla eficaz el Libertador insiste sobre las cooperaciones morales indispensables. La victoria no puede nacer sino de la cohesión de los peruanos, de sus privaciones y sacrificios en la resolución inquebrantable de no contemporizar con el enemigo. Esto requiere la más cumplida disciplina nacional para obedecer a la autoridad constituida, sin seducciones de liberalidades encubridoras de tiranías caprichosas. El personalismo debe desaparecer por completo, eliminando todo favor que no sea ganado en el servicio colectivo, pues de otro modo, el gobier-

no será un instrumento para conquistar ventajas y no la útil herramienta del bienestar común.

En los días de la visita de Villafuerte y de Mendoza, la prensa guayaquileña comenta estos anhelos de Bolívar que son como una voz de orden que deben llevar a Lima de modo que todos los peruanos ofrezcan al Libertador el mismo conjunto de elementos espirituales y materiales con que hizo la grandeza de Colombia. (Doc. 2177. B. y A. VIII).

Luego hemos de ver cuán necesarias eran estas exhortaciones del Libertador y, por ahora, analicemos las fuerzas de que podía disponer Riva Agüero para su plan de guerra.

División Chilena.—El General Francisco Antonio Pinto conservaba los siguientes efectivos:

Artillería	plazas	335
1.º y 2.º de Dragones	jinetes	220
Batallones 2.º, 4.º, 5.º	infantes	555
		<hr/>
	hombres	1,110

División de los Andes.—El General argentino Enrique Martínez tenía a sus órdenes:

Batallones Río de la Plata y N.º 11	infantes	900
Granaderos a caballo	jinetes.	300
		<hr/>
	hombres	1,200

Ejército Peruano.—Su Comandante, General Santa Cruz, reunía las tropas y oficiales que se indican:

Artillería y Maestranza	hombres	140
Húsares, Lanceros y escuadrones Trujillo y Victoria	hombres	900
Batallones 1.º, 2.º, 3.º, 4.º, 6.º, Primero de La Legión, Gúanuco, Trujillo y Cazadores	hombres	6,000
		<hr/>
	hombres	7,040

El total de estas fuerzas ascendía así a 9,350 combatientes; su plan de maniobras exigía, según hemos visto, 12,000 hombres. Los socorros que pedía a Colombia y a Chile le daban 6,000, o sea, completaba un efectivo de acción de 15,350, lo que le dejaba una disponibilidad de guarniciones de Lima y del Callao de 3,350 soldados, además de los cuerpos en formación en la zona de Trujillo. Las tropas realistas desde Jauja hasta el Alto Perú eran:

Canterac y Valdés, en la región de Jauja	8,500 hombres
Carratalá, en Arequipa	2,000 hombres
Virrey Laserna, en Cuzco y Sicuani	800 hombres
Olañeta, en Alto Perú	1,500 hombres
<hr/>	
Total del Ejército español	12,800 hombres

Estas cifras demuestran la superioridad de los patriotas, aun sin el auxilio de la División pedida a Chile, ya que estos 2,000 hombres estaban compensados por el mayor contingente colombiano, 6,000 en vez de los 4,000 consultados por Riva Agüero. Había, pues, como acometer una campaña victoriosa en cuanto se cumplieran los deseos de armonías internas del Perú, que tanto anhelaba el Libertador. Con esta masa de hombres, concentrada en un solo movimiento y bajo un soló comando, era segura la victoria; diseminada en las imposibles combinaciones de ese político intrigante y militar a la violeta como se estaba manifestando Riva Agüero era simplemente ir a la desmembración de estas fuerzas tan laboriosamente acumuladas por el sacrificio popular.

El Libertador midió toda la importancia de los vigos republicanos y estudió la nueva distribución que proponía Riva Agüero en el nuevo gran plan como lo llamaba, cuya ejecución confiaba al General Andrés Santa Cruz. El Libertador no se limitó a distribuir escuadrones y regimientos en sus mapas de guerra, escudriñó todo el ambiente de su acción, desde los comandos hasta los elementos de movilización, y se encontraba ante el tristísimo cuadro que le comunicaba el Coronel Tomás Heres, secretario del Comandante

en jefe General Manuel Valdés. Antes de examinar las nuevas directivas de Alvarado importa conocer el ambiente de las actividades peruanas.

“La gran cuestión, escribe Heres a Bolívar el 7 de Mayo, que agita los ánimos en el día es la de saber si V.E. deberá o no venir al país. Los auxiliares, la masa del pueblo y el partido de oposición que hay en el Congreso, están por la afirmativa; pero el Gobierno con los suyos por la contraria.” (Correspondencia. O’Leary. V.).

¿Qué debió pensar Bolívar del hombre que le enviaba dos embajadas a envolverlo en el humo del incienso, a decirle que bastaba su nombre para vencer, a suplicarle que apresurara su viaje al Perú? No había sino una respuesta, era una sola ecuación con una sola incógnita: el propósito de Riva Agüero era dedicar los prestigios de Bolívar y las fuerzas de Colombia al propósito personalísimo de mantenerse en el poder, solución en perfecto acuerdo con los resultados por él calculados en el primer programa que rechazó el Libertador.

Para el Presidente de Colombia ya no era una incógnita el Presidente del Perú, era un simple ambicioso y habría que tratarlo en consecuencia, sin olvidar las peligrosas influencias de su política de intrigas y de corrupción.

“Con los individuos del Congreso, agrega la carta de Heres, ha sucedido una cosa harto común en la revolución; la mayor parte de ellos eran antes opuestos a la venida de V.E. y de los colombianos; pero persuadidos ahora de que la actual administración pensaba del mismo modo, por oponérseles y causarles disgustos, y por prepararles tal vez su ruina, están empeñados en lo contrario, y quisieran, no sólo que V.E. viniese, sino que viniese con una fuerza de consideración. Puesto al corriente del estado de las cosas, no me atrevo a manifestar mi opinión sobre si V.E. debe o no venir al Perú, porque el pro y el contra tienen sus razones de apoyo y sus inconvenientes: yo diré lo que alcanzo sobre el particular y V.E. decidirá.

“La presencia de V.E. es aquí necesaria para que reúna los ánimos y los elementos encontrados; si V.E. no se pone a la cabeza del Ejército, éste no hará jamás nada de provecho, porque entre los jefes reinan rivalidades exaltadas y

“ un choque bien conocido de intereses; resultando de todo
“ esto que no hay quien pueda mandarlo con la confianza
“ de ser obedecido.

“ Si no viene V.E. las revoluciones se irán sucediendo
“ aquí unas a otras, porque ya los partidos han conocido el
“ medio que tienen para alcanzar sus miras. La administra-
“ ción actual, efecto de un movimiento militar tiene en su
“ contra un gran partido compuesto en parte de la Repre-
“ sentación nacional y de sus adictos y en parte de aquellos
“ mismos que la tuvieron en la variación, porque han visto
“ fallidas las esperanzas que se les hicieron concebir; todos
“ se han reunido en el día y es muy probable que aprove-
“ chen la primera ocasión favorable que se les presente para
“ trastornar el Gobierno. Si esto sucede, no se quedará la co-
“ sa sólo en gritos y papeles, pues temo que la exaltación de
“ las pasiones obre de un modo tan fuerte, como lo son ellas
“ mismas.

“ Por último, si V.E. no viene, Chile no mandará nin-
“ guna clase de auxilios, porque no está en el caso de correr
“ la aventura, y menos en el de hacer sacrificios infructuo-
“ sos; por el contrario, estando V.E. al frente de la guerra,
“ podrá contarse con la escuadra, el dinero, los hombres y,
“ en fin, con todos, todos los recursos que pueda dar aque-
“ lla República.”

Tal es la atmósfera que respira ese ejército de casi 15,000
republicanos sin un jefe a la altura de su patriotismo, no por
que no lo haya entre ellos sino porque los representantes de
la soberanía peruana tienen su mente llena de otras preocupa-
ciones de predomios políticos, extravío incomprensible por-
que aun no saben si tendrán patria en qué ejercer sus acti-
vidades, siendo lo más probable que en sus discordias vuel-
van a los servilismos del régimen colonial.

Por estos mismos días, el General Sucre escribe a Bolívar:
“ Hay una gran confusión y falta un General que tome
“ sobre sí las operaciones, pues de otra manera, ¿qué plan
“ de campaña y qué calabazas ha de haber? Si Vd. no viene
“ esto no lo compone nadie y en la disolución, que es lo pro-
“ bable, será envuelta la División colombiana, que después
“ de cien combates y de cien victorias, perecerá bajo intri-

“ gas y partidos y nuestro pobre Sur será la presa de los enemigos.”

Había, sin embargo, un programa, el gran plan de Riva Agüero que en esos momentos estudiaba Bolívar; había también un jefe en acción, era Santa Cruz el operador del movimiento revolucionario que llevó a Riva Agüero a la Presidencia del Perú.

El complicado movimiento estratégico tenía las siguientes trayectorias: 1.º El General Santa Cruz con 5,000 hombres desembarcaría en los puertos del Sur, teniendo como objetivo apoderarse de Arequipa o de Puno. 2.º Si el enemigo por esos rumbos tuviera más de la mitad de las tropas republicanas lo amagará más al Sur, hacia las guarniciones de Tarija. 3.º Si el enemigo se desplazara al Sur, la División se reembarcará, hacia puertos más al Norte, procurando apoderarse de las líneas del Desaguadero en el Alto Perú o del Apurímac en las vecindades del Cuzco. 4.º Estos movimientos tienen por objeto provocar una diversión del enemigo de modo que se facilite la ofensiva de las tropas que irán de Lima a Guancayo para enseñorearse de Jauja y del Apurímac. 5.º El jefe expedicionario deberá conservar expedita su comunicación con la costa. 6.º No deberá por ningún motivo desmembrar su ejército. 6.º Considerará también que por el sur del Alto Perú obrarán las fuerzas argentinas de Urquiza.

Era el mismo programa anterior con la sola diferencia que las fuerzas del ataque primario, las maniobras de flanco tantas veces fracasadas se confiaban ahora a fuerzas peruanas; dentro de la expectativa de triunfo el dominio de Santa Cruz sobre la rica zona que ocupaban los españoles importaba la sumisión del resto del Perú confiado a las divisiones auxiliares de Colombia, de Chile y del Río de la Plata. En el territorio ahora codiciado y en las fuerzas peruanas de invasión ponía toda la confianza que antes tuvo Riva Agüero en el alejamiento de las tropas colombianas y chilenas, conservando en el centro el ejército del Perú.

Este plan que se consultaba al Libertador hacia el 23 de Abril estaba ya en ejecución el 7 de Mayo, pues Sucre, quien recién llegaba a Lima le escribe con esa fecha al Libertador:

“ He encontrado preparada una expedición para intermedios
“ compuesta de todas las fuerzas del Perú al mando del Ge-
“ neral Santa Cruz; siempre se continuarán activamente los
“ aprestos y parece que estará pronta para dar a la vela del
“ 12 al 15. Resuelta esta expedición, nos convocaron hoy a
“ una junta de guerra en que parece que trataban de obte-
“ ner nuestros votos sobre dicha expedición; ni Valdés ni
“ yo concurrimos; él porque dijo que no tenía que hacer si-
“ no lo que yo le mandara y yo porque juzgué, por una parte,
“ que no convenía a los negocios de Colombia ni a nuestra
“ División poner obstáculos a una expedición ya meditada y
“ resuelta por Santa Cruz conforme a sus miras; y, por otra
“ parte, que no está mal calculada con tal que se cumplan
“ las instrucciones que se le han dado.

“También ha entrado en esta expedición el influjo de
“ una compañía de comercio que todo lo puede.”

Era toda una campaña de múltiple acción con un solo jefe expedicionario en los campos más alejados del centro y sin ninguna conexión con el Gobierno de la República; en estas condiciones, el General Santa Cruz marchaba, como los conquistadores de otro siglo, a tallarse su feudo en las tierras de su origen alto-peruano. La opinión pública se alarmaba y en el seno del Congreso se discutía casi diariamente la conveniencia de un llamado urgente del Libertador. El día 5 de Mayo el Presidente propuso un voto de acción de gracias y que se le llamase por medio de una comisión especial para designarlo Generalísimo de las Armas del Perú. Luna Pizarro insinuó que se extendieran los agradecimientos al Congreso de Colombia y, finalmente, sólo se votó por unanimidad una solemne acción de gracias a Simón Bolívar, Libertador de Colombia, en consideración a sus eminentes servicios prestados a la causa americana desde los comienzos de la santa revolución y los hechos al Perú con el auxilio de sus tropas siempre vencedoras.

Los aprestos de la partida de Santa Cruz estimulaban al Congreso y, en la sesión del 6 de Mayo, el Señor Otero decía que, existiendo en el Perú cuatro ejércitos y ninguna autoridad que pudiera concentrar el poder militar, dirigir la campaña, ni disponer planes de guerra, todo era perdido in-

evitablemente si no venía el Libertador en clase de generalísimo de las armas, como único capaz de dar el único resorte que conviene a la máquina militar. Numerosos representantes apoyaron esta opinión y, teniendo en cuenta los avances ya hechos en este sentido por el Presidente de la República, se acordó pedir a éste todos los antecedentes para deliberar sobre la forma del llamado.

Dos sesiones se perdieron en discutir las invasiones del Poder Ejecutivo al solicitar la venida del Libertador, sin la anuencia del Congreso, atribuyendo a esta prescindencia de la más alta representación de la soberanía peruana, la tardanza de Bolívar para decidir su viaje; se acordó en ellas esperar la presentación solemne de las credenciales del General Sucre para tomar una resolución definitiva.

Esta ceremonia tuvo lugar el Domingo 11 de Mayo y en su discurso expresó el General Sucre que “El Libertador de Colombia, en nombre de la República, felicita cordialmente al Gobierno y al pueblo del Perú; y haciéndome su órgano cerca de V.E. reitero sus protestas sinceras y su ardiente anhelo de animar los dos Estados amigos, de un solo sentimiento de interés, de libertad y de amor patrio. Colombia espera que los generosos peruanos liguen esta unión con sus laureles y quede ella sellada hasta las más remotas generaciones.”

El General Sucre expresaba la necesidad del comando único y en su sesión del 14 de Mayo el Congreso decidía: “Por cuanto el Congreso se halla enterado de que, a pesar de la repetida invitación del Presidente de esta República al Libertador Presidente de Colombia para su pronta venida al territorio, la suspende por faltarle la licencia del Congreso de aquella República y, creyendo de su deber allanar esta dificultad, ha venido en decretar y decreta: Que el Presidente de la República suplique al Libertador Presidente de la de Colombia haga presente a aquel Soberano Congreso que los votos del Perú son uniformes y los más ardientes para que tenga el más pronto efecto aquella invitación.”

El Gobierno y la sociedad de Lima festejaron en este día al General de Colombia, con el fausto del tiempo del Virrey

que aun no perdía la sociedad limeña, en un banquete al que estaban invitados todos los personajes de la política, del ejército y de la alta administración; el Ministro de Chile, Don Joaquín Campino, anota en su diario que ce hicieron notar por su ausencia los Generales peruanos Santa Cruz y Salazar y los argentinos Martínez y Necochea. El triunfo de los colombianos se imponía como una necesidad nacional y el torcedor de la envidia empezaba a desgarrar corazones, a roer el cuerpo social con esas voracidades que producen las destrucciones de la podredumbre.

En los que más sensibles se mostraban a sus responsabilidades ante la opinión, se impuso la necesidad del comando único y entre otros el General La Mar de la extinguida Junta de Gobierno, decía: "Cualquiera que sea la fuerza del Ejército, los españoles lo batirán, no habiendo una cabeza para mandarlo y ellos sí la tienen; en el Poder Ejecutivo no habrá hombre con bastante reputación y firmeza, pues debiendo su elevación a algún partido, continuarán las divisiones, los celos y las discordias y no conservarán la moral del Ejército. En cambio, Bolívar no se debe nada sino a sí mismo."

Se pedía por el Presidente Riva Agüero y por los Congresales a los Generales colombianos que se hicieran cargo del Comando Superior; pero ellos veían las dificultades y rehusaban hacerlo, indicando claramente la misma idea de La Mar, la confianza en un hombre que estuviera indiscutiblemente por sobre todos los demás. La campaña era difícil y el reflejo de la política la complicaba aún y se necesitaba una mano poderosa para empuñar el timón de un barco a la deriva. El General Sucre escribe sinceramente al Libertador: "La campaña tiene grandes dificultades, pero será pronto dominada obrando todos de acuerdo. Tal vez o mejor dicho es probable que la presencia de Vd. disuelva muchos obstáculos, porque pronunciado por Vd. el voto del ejército y de los pueblos, tendría en su mano hacer lo mejor."

Tan perturbada ve Sucre la situación en estos primeros días de Mayo que sólo atribuye probabilidades a la acción de Bolívar sobre la sorda anarquía peruana y, al expresarse así precisa sus datos. "Vd. puede contar, agrega, con que los chi-

“ lenos se mantendrán unidos a nosotros y que la expedi-
“ ción que se dice viene a Intermedios (puertos de la costa
“ de Arequipa), y que debe reunirse con Santa Cruz, se di-
“ rigirá donde Vd. lo quiera, según me dice el Ministro de
“ Chile.

“ De esta misma deferencia que los chilenos han mos-
“ trado por nosotros parece que se ha entrado en algunos
“ celos y se me ha asegurado por tres conductos que el Go-
“ bierno para contrapesarnos ha ofrecido a la División de
“ Buenos Aires darle los reemplazos para completarle los
“ efectivos con que desembarcó en Pisco el año 20; y no
“ hace cuatro días que estaban tan enemistados que el Pre-
“ sidente me habló de embarcarlos y mandarlos para su
“ país. ¿Qué le parece a Vd. de una contradicción tan sin-
“ gular? Todos los celos tienen su origen en los debates del
“ Congreso por la venida de Vd.”

No hay sino un factor favorable: la unión de colombianos y chilenos; en cuanto al poder peruano, Sucre agrega: “Diré a Vd. una voz muy corrida y lo digo sin poner nada de mi parte. Los porteños (Río de la Plata) y otros dicen que el General Santa Cruz tiene por objeto apoderarse de las Provincias del Alto Perú y segregarlas del Perú y Buenos Aires, formando un Estado separado y por tanto hay una oposición terrible a tal expedición por los de Buenos Aires a quienes les quitarían sus Provincias.” Era un rumor de fondo y estas sospechas recibirán sus confirmaciones en un futuro muy cercano.

“ Los chilenos, continúa Sucre, creen que habilitada esta expedición por la compañía, y con el comercio exclusivo en algunos puntos que se le ha concedido, ellos van a arruinarse en su comercio; los peruanos dicen, y con mucha razón, que necesitan ensanchar su territorio porque aquí todos nos consumiremos y, a fe, que es muy bien dicho.

“ Los colombianos no decimos nada sino que nos apresten para ponernos en estado de campaña.”

La expedición de Santa Cruz, que debía ser en busca del gran tesoro de la libertad, nos hace recordar aquella de los Argonautas en que iban Teseo y Hércules, pero también Orfeo con sus cantos y flautas; aquí estaban dos favoritos de

la victoria, Bolívar y Sucre, pero desgraciadamente también intervenirían los cantores y flautistas de la corrupción y de la política.

El General Sucre quiere dar tranquilidades y se dirige al Congreso nacional para decirle: "Un solo ejército español es el que mancha hoy con sus plantas el suelo peruano; y la América del Mediodía no reconoce otro enemigo contra quien dirigir sus comunes esfuerzos. Colombia cumplirá en la guerra del Perú los deberes que le corresponden en una lucha nacional.

"Yo me habría apresurado a transmitir al soberano Congreso mis ardientes votos por su felicidad y el éxito de sus instituciones, si me hubiese contentado con una esterilidad de fórmulas y expresiones. Pero en circunstancias de haber salido de esta Capital las tropas del Perú, he creído hacer el mejor presente a la soberanía del Congreso, asegurándole que la División auxiliar colombiana ofrece sus armas a la Representación nacional por garantía de su libertad y que ella se honrará de servirla tan celosa y fielmente como soldados peruanos." (Doc. 973. O'Leary. XX.).

La expedición de Santa Cruz se ha puesto en marcha, desde el 15 de Mayo, y un rumor de rebeliones llena la atmósfera de Lima; Sucre desea asegurar el régimen de tranquilidades a fin de dar a la guerra la actividad necesaria y, al tomar estas resoluciones, comunica los acontecimientos al Libertador en su oficio de 24 de Mayo. "El Gobierno ha sido alarmado por sospechas que, aunque no han pasado de conjeturas, tal vez no carecen de fundamentos, de que se medita el cambio de la actual administración. Parece que algunos individuos del Congreso, adictos a la Junta anterior, enemigos natos del Presidente Riva Agüero, algunos patriotas exaltados que solicitan mejorar su suerte a fuerza de mudanzas de Gobierno, y algunos jefes de los Andes, según dicen, aunque nada sé de hecho, proyectan una conspiración contra el Gobierno, sin que entretanto el pueblo tenga alguna parte en ella. Parece entretanto, que se quiere hacer el cambio en favor del Marqués de Torre Tagle y del General La Mar.

“Arreglado a mis instrucciones, y guiado por los principios que la prudencia dicta, conservo y conservaré una perfecta neutralidad, mientras no se trate de alterar el orden público y mientras el Gobierno no sea atacado por facciones y tumultos.”

No toma partido el General Sucre en las desavenencias del Congreso y del Presidente Riva Agüero; su posición es la del conductor de las armas de la independencia y previene cuanto puede perturbarlas en su acción. Explica más la situación en su nota, diciendo: “Estoy persuadido que sólo con la venida a Lima de la División Colombiana, después que han dado a la vela los últimos batallones de la División peruana, único apoyo del Gobierno, han mudado de aspecto las aspiraciones. Cualquiera que haya sido el modo cómo fué colocado el Señor Riva Agüero en la Primera Magistratura; cualquiera que sea su comportación respecto a las Divisiones auxiliares; cualquiera que sea su buena o mala fe respecto de nosotros; lo cierto es que él, puesto al frente de los negocios públicos, restableció la opinión general, conservó el país y empleó todos los medios de expedicionar sobre los enemigos. Conserva buena armonía con nosotros y lo que es más, no le es contrario el pueblo, ni es la voluntad de éste cambiar de mandatario cada día. Además, ya conocemos el carácter del Presidente actual e ignoramos cuál será el de su presunto sucesor; las frecuentes mudanzas de gobierno presentarán a los enemigos la más risible farsa, de la que sacarán partido. De todos modos, pienso que es nuestro deber y nuestra política mantener al jefe actual, hasta que llegue S. E. el Libertador, pero lo haremos de manera de nunca faltar a la lealtad.” (Doc. 985. O’Leary. XX.).

En la realidad los Generales Santa Cruz y su Jefe de Estado Mayor Agustín Gamarra han impuesto su voluntad, apoyados en los elementos que indica el General Sucre, sin resolver previamente las grandes organizaciones de la campaña. El programa ha sido consultado a Bolívar, pero la expedición estaba en marcha antes que fueran conocidas las opiniones que el Libertador comunicaba a Sucre desde Guayaquil con fecha 24 de Mayo, el mismo día de la partida de

los últimos trasportes a los puertos del Sur. La carta de Bolívar a Sucre casi nos elimina la consideración de estudiar esta campaña en los venideros capítulos, pues sus reflexiones son verdaderamente proféticas.

“Mire Vd. lo que pienso sobre la nueva campaña que se piensa abrir. Diré a Vd. desde luego que es preferible no hacer nada, y aun perder nuestras tropas en inacción, que dar nuevos trofeos al enemigo, prestándole más brillantes barnices a sus victorias pasadas; y ofrecerle armas, tropas y medios de todas clases para aumentar su superioridad y orgullosas pretensiones.

“Estoy cierto, como de mi existencia, que todo lo que hagamos es perdido. Primero, porque la mayor parte de nuestras tropas son reclutas y las de ellos veterana. Segundo, porque las nuestras son aliadas y las de ellos obedecen a un solo jefe y a un solo gobierno. Tercero, porque no tenemos bagajes ni caballos y ellos los tienen. Cuarto, porque no tenemos recursos de víveres en la costa y ellos los tienen en la Sierra. Quinto, porque tenemos las posiciones que ellos tienen defendibles y continuas. Últimamente, porque ellos han sido vencedores y nosotros vencidos.”

Luego examina el plan de maniobras, agregando: “Por más que se le hayan dado instrucciones a Santa Cruz, buenas y sabias, el resultado no será menos funesto. Tristán tuvo las mismas y su Jefe de Estado Mayor fué el mismo Santa Cruz; quiero decir el alma de una y otra expedición, con mucho valor, con mucho mérito, pero sin medios para cambiar las cosas. Alvarado es de un mérito cumplido y no tuvo mejor éxito. Santa Cruz irá a Intermedios, encontrará pocas fuerzas, lo atraerán y después de todo le sucede una de estas tres cosas: primera, disminuye forzosamente su División por marchas y contramarchas, enfermedades y combates; segunda, es batido al principio si Valdés, el español tiene 3,000 hombres, o bate a Valdés; eso sí tiene menos; entonces sucede la tercera, que es la de internarse a Arequipa o Puno, donde Canterac, por una parte, y las tropas, por otra, acaban con la División o la fuerzan a reembarcarse si aún permanecen los trasportes en la playa.

“El enemigo, en el caso en que se encuentre, hará esto o
“ será un imbécil, que no lo es. Sabe que han marchado 5,000
“ hombres nuestros; espera batirlos con 3,000 de los que ten-
“ gan Valdés y Olañeta en el Desaguadero, que probablemente
“ se reunirán para esperar a Santa Cruz. Canterac se queda-
“ rá con su División intacta, en Jauja con cuerpos avanzados
“ sobre Ica y Pisco, para que nos quiten recursos cuando avan-
“ cemos por esa parte. El debe pensar que hemos mandado
“ esa División a llamar la atención por el Alto Perú porque
“ sabe que no puede servir para otra cosa. Canterac atende-
“ rá de preferencia las tropas aliadas, porque son más ague-
“ rridas y numerosas, y porque supone que yo voy a mandar-
“ las. Como en efecto será, luego que me lo permita el Con-
“ greso y el suceso de Morales. Quiero decir que Canterac
“ abandonará el Desaguadero, para atender a Arequipa o al
“ Cuzco en el último caso y que su buena División estará
“ siempre sobre la nuestra de Lima.

“De aquí concluiré que la División de Santa Cruz no
“ puede tomar nunca el Perú; y la que está en Lima no puede
“ batir a Canterac. Luego necesitamos reunir todas nuestras
“ fuerzas para lograr un golpe capaz de variar la suerte del
“ país.

La expedición de Santa Cruz es el tercer acto y la catás-
“ trofe de la tragedia del Perú. Canterac es el héroe y las vícti-
“ mas, Tristán, Alvarado y Santa Cruz.”

Un desaliento invade al Libertador y su carta lo consigna
en estas dolorosas frases: “Que el Perú espere su independencia
“ de la política y de ningún modo de los combates. No es Can-
“ terac y Valdés lo temible; son sus recursos, posiciones y vic-
“ torias que les dan una superioridad decisiva, que no se pue-
“ de contrarrestar de repente, sino lenta y progresivamente.”

Quiere la unión para una expedición de eficacia y “si el
“ Gobierno del Perú no sigue estos planes puede Ud. indicarle,
“ ordena a Sucre, que nuestras tropas pueden venir a la
“ Provincia de Trujillo, hacia Cajamarca, dejando la necesaria
“ guarnición en Callao. Aquel país dará recursos y yo man-
“ daré el resto. Sea donde quiera que vayan nuestras tropas,
“ siempre estarán mejor disciplinándose y viviendo de cual-
“ quier modo hasta que vaya a darles dirección.”

La comunidad de esfuerzos durante tantos años de guerra resulta una verdadera compenetración de los espíritus de elevaciones análogas como son los de Bolívar y Sucre; los sucesos y los hombres les impresionan con sus realidades efectivas y no con reflejos de apreciaciones subjetivas; no es raro que sus conclusiones concuerden y, en los propios días de esta carta del Libertador desde Guayaquil, Sucre le escribe desde Lima, temeroso de una acometida de los españoles: "A pesar de que por
" ahora se alejan los recelos de que el ejército enemigo em-
" prenda nada sobre la Capital, con todo, por si creyéndonos
" muy inferiores en fuerza y en opinión, emprenden ocupar-
" la, hemos meditado el siguiente plan: 1.º Si el enemigo se
" acerca con tal desigualdad de fuerzas que le aventajemos en
" un tercio, batirlo con probabilidad de buen éxito. 2.º Si se
" presenta con fuerzas iguales o superiores, de modo que la
" victoria sea probable por parte de él, retirarnos sobre Callao
" sin aventurar cosa alguna. 3.º En este caso dejar la suficien-
" te guarnición en las fortalezas. 4.º Teniendo preparados bu-
" ques de trasportes, embarcar nuestro ejército y dirigirlo a
" tal punto de la costa por el cual se pueda penetrar a la Sie-
" rra; ocupar ésta, sostener sus posiciones, sacar de ella todas
" las ventajas de que al presente están en posesión los enemigos
" y mudar totalmente la suerte de éstos, circunscribiéndolos en
" la Capital. 5.º Dominar la campaña, conservando siempre
" el Callao, consultando las ventajas que puedan derivarse de
" los movimientos del enemigo, hasta en las más pequeñas cir-
" cunstancias. 6.º Entretanto S. E. el Libertador, estará en
" marcha y nuevos recursos y arbitrios se encontrarán en su
" presencia". (Doc. 976. O'Leary. XX).

El Libertador en su lejanía presiente un ataque a Lima; Sucre en observación directa investiga las etapas del invasor, hace el recuento de todas las fuerzas disponibles y toma las precauciones para llenar el programa que ha comunicado al Presidente de Colombia. Multiplica sus correos a Guayaquil y el 29 de Mayo le dice: "Si los españoles bajan tendré que en-
" cargarme del mando del Ejército unido mientras Ud. llega,
" porque así lo quiere el Gobierno y lo manifiestan los demás
" jefes de las Divisiones; y como en este caso ya no me queda
" remedio y es un lance estrecho lo aceptaré, por sólo el ob-

“ jeto de seguir los planes de Vd. que son los que han de
“ salvar al Perú”.

Parte principal de este programa es la conservación del Callao y Sucre avisa las medidas ya tomadas. “En el acto se
“ trasportarán nuestros hospitales (1,200 hombres de todo el
“ Ejército unido) a Bella Vista, a media milla del Callao, pa-
“ ra seguir a Trujillo a fin de ahorrar víveres. En cuanto a
“ víveres, he pedido al Señor Presidente haga bajar al Callao
“ todo, todo el ganado de las cercanías de Lima, y ha que-
“ dado en ello; en el puerto hay bastante trigo, además 3,000
“ barriles de harina; no faltan víveres en el Callao y se espe-
“ ran de Chile los contratados por el Gobierno. No perdere-
“ mos las fortalezas por falta de víveres, si hay actividad. He
“ pedido al Gobierno que pasen al Callao aguardientes, vino,
“ paños, medicinas, camas para hospitales y, en fin, cuan-
“ to conduzca a la defensa de la plaza; me ofrecen todo y
“ yo lo activaré.

“Esta posta sale volando para dar a Vd. noticia de lo
“ que sabemos; si continuaren las novedades haré salir cada
“ día un expreso, así para imponerle de lo que ocurra como
“ para que apresure su marcha. Al momento que yo sepa su
“ venida por tierra, haré que salga el mejor buque para que
“ venga embarcado. Entretanto, mi General, sabe Vd. que si
“ me he de encargar del Ejército, en un apuro como el que ame-
“ naza, es porque Vd. viene y por seguir sus planes”. (Corres-
pondencia. O’Leary. I.)

Dada la serenidad de alma del vencedor de Pichincha, los términos de esta carta reflejan la profunda ansiedad de Lima ante el probable ataque de un ejército realista con fuerzas muy superiores a las que se entregaban al General Sucre; como en todo conflicto sucede, se buscan los responsables y en la agitación política del Perú serán numerosos quienes atribuyan al Presidente Riva Agüero, impuesto por una asonada popular que apoyaba el ejército sublevado de Santa Cruz, todas las responsabilidades de una desgracia que se acentuaba por el precipitado despacho de una división expedicionaria cuyo programa era generalmente criticado.

El divorcio entre el Ejecutivo y el Congreso se acentúa y no están lejanos los días de una gran crisis política, como lo anunciaba Sucre, de un verdadero cisma peruano.

Con un poderoso ejército en organización, no era un paseo triunfal el que se ofrecía al Libertador; vendrá al Perú a buscar la armonía de los políticos y la unión de las fuerzas nacionales y aliadas para combatir al español; es un nuevo teatro para actividades análogas a las primeras de su gesta heroica, cuando unía a los disidentes de los valles de Oriente y de las praderas del Orinoco, a los federalistas de Nueva Granada y luego a todos en un solo haz de soldados eficaces para la causa de América. Más complicado es el problema peruano, porque más intensas las ambiciones de sus caudillos, mayores sus pretensiones y, en muchos de ellos, muy escasa su devoción a la causa de la libertad. Prudente y benévolo, estas virtudes de los grandes hombres le darán el hilo de Ariadna para penetrar en el laberinto político de Lima y ahogar al dragón de la discordia. Esas virtudes y su incesante energía resolverán el problema militar cuya documentación prepara el General Sucre, Jefe superior de todas las fuerzas que obran en el Perú.

Todo esto nos revela la sagacidad de Bolívar al negarse durante la entrevista con San Martín a tomar el inmediato mando de las tropas que obraban en el Perú. Había dos problemas: militar el uno, de fácil solución, siempre que se resolviera el otro, el político, que tenía toda la gravedad que anotan los sucesos que hemos analizado. Era necesario que el nuevo Jefe extranjero fuera llamado por la opinión unánime, evitando así las dificultades que tuvo el Protector. Se imponía, además, que tuviera el consentimiento del propio Gobierno que mandaba sus tropas y ponía sus recursos al servicio de la gran obra finalizadora de la redención americana. Sin estos requisitos, el comando de Bolívar sería una imposición de atroces resultados para el Perú y una nota de rebeldía ante los suyos a quienes consagraba por entero su vida.

Su destino es dominar dificultades, tanto mayores cuanto más es la altura de su gloriosa ascensión; dominará esta como las demás.